

EL ESPÍRITU SANTO EN EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El estudio sobre el Espíritu Santo lo haremos siguiendo el esquema del Catecismo de la Iglesia Católica, que lo trata en el artículo 8, titulado "Creo en el Espíritu Santo". Comprende los números 687 al 747. Nos detendremos, sobre todo, en los pasajes de la Sagrada Escritura que transcribe expresamente, de modo que el curso será de contenido fundamentalmente bíblico, pero con estructura catequética. Otras fuentes de este curso serán las catequesis de Juan Pablo II, pronunciadas en las Audiencias generales de los miércoles desde 1989, los comentarios de la edición de la Biblia de la Universidad de Navarra, el libro "El Espíritu del Señor", elaborado por la Comisión Pontificia para la preparación del Jubileo del año 2000 y la obra de Durrwell "El Espíritu Santo en la Iglesia".

Nuestro conocimiento del Espíritu Santo

687 "Nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios" (1 Co 2, 11). Pues bien, su Espíritu que lo revela nos hace conocer a Cristo, su Verbo, su Palabra viva, pero no se revela a sí mismo. El que "habló por los profetas" nos hace oír la Palabra del Padre. Pero a él no le oímos. No le conocemos sino en la obra mediante la cual nos revela al Verbo y nos dispone a recibir al Verbo en la fe. El Espíritu de verdad que nos "desvela" a Cristo "no habla de sí mismo" (Jn 16, 13). Un ocultamiento tan discreto, propiamente divino, explica por qué "el mundo no puede recibirle, porque no le ve ni le conoce", mientras que los que creen en Cristo le conocen porque él mora en ellos (Jn 14, 17).

El Espíritu Santo es el inspirador de las Escrituras, el autor de la Revelación; pero no es el Revelado. El Espíritu Santo es el autor de la Encarnación; pero no se encarnó, como el Hijo. El Espíritu Santo "habló por los profetas", pero no de sí mismo. Su mismo nombre, Espíritu, indica su condición de ocultamiento. El efecto, tanto en hebreo (*ruah*) como en griego (*pneuma*), como en latín (*spiritus*), se llama el Sople. Su símbolo es -como más adelante estudiaremos detalladamente- es el viento, del que Jesús declara:

Sopla donde quiere; oyes el ruido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va (Jn 3,8).

*Sus otros símbolos más importantes son el agua viva y el fuego. Un sople no es tal cosa, un agua deja de ser viva, un fuego se extingue, en el momento en que quedan cerrados. Lo mismo ocurre con el Espíritu cuando el pensamiento trata de captarlo, de encerrarlo en conceptos, de someterlo al juego del análisis... Se han creado numerosos símbolos distintos del Espíritu; precisamente su gran multiplicidad demuestra la vanidad de los esfuerzos para hablar del Espíritu Santo (FRANÇOIS XAVIER DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, pag 15. Citado en adelante como "Durrwell").*

Otra dificultad para conocer al Espíritu Santo es la peculiaridad de su condición de Persona. Nosotros conocemos personas-padre y personas-hijo, pero no conocemos "personas-espíritu"

Sin embargo, el Espíritu Santo no es el “Desconocido”, como a veces se le ha llamado. Jesús mismo dice:

Lo conocéis, porque vive ya en vosotros y está entre vosotros (Jn 14,17).

Así pues, es posible conocerlo, pero de forma distinta a como se conseguiría mediante una inteligencia que lo secuestrara en conceptos, que razonara de forma analítica. El conocimiento del Espíritu Santo procede ante todo de la experiencia de los fieles que están en comunión con Él. Se trata de una especie de conocimiento vital, distinto del conocimiento racional al que estamos acostumbrados los occidentales desde hace cuatro siglos.

Se Le puede reconocer por sus frutos, como veremos comentando el número siguiente. Se le puede descubrir en aquel cuerpo del que precisamente Él es el alma: la Iglesia.

688 La Iglesia, Comunión viviente en la fe de los apóstoles que ella transmite, es el lugar de nuestro conocimiento del Espíritu Santo:

- en las Escrituras que El ha inspirado;
- en la Tradición, de la cual los Padres de la Iglesia son testigos siempre actuales;
- en el Magisterio de la Iglesia, al que El asiste;
- en la liturgia sacramental, a través de sus palabras y sus símbolos, en donde el Espíritu Santo nos pone en Comunión con Cristo;
- en la oración en la cual El intercede por nosotros;
- en los carismas y ministerios mediante los que se edifica la Iglesia;
- en los signos de vida apostólica y misionera;
- en el testimonio de los santos, donde El manifiesta su santidad y continúa la obra de la salvación.

Este número es una enumeración de los “lugares teológicos” adonde acudir para conocer al Espíritu Santo. Son las fuentes a las que acude la *fides quaerens intellectum*, la fe que busca comprender. Es verdad que ***nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios (1 Co 2,11)***, y que la esencia de Dios es inaccesible para cualquier ser inteligente; pero la naturaleza racional del hombre, querida para él por su propio Creador, le hace un ser religioso. El ser humano es más humano que nunca cuando busca a Dios. *La oración es el acto propio de la criatura racional.* (Santo Tomás de Aquino).

El Catecismo cita, como primera fuente, las *Escrituras*, pues en ellas se encuentra la Revelación de Dios. Los libros de la Biblia fueron escritos por inspiración del Espíritu Santo y tienen a Dios por autor principal.

El segundo es la *Tradición*, el conjunto de enseñanzas orales transmitidas por Jesús a los Apóstoles que, aunque no fueron recogidas en los libros sagrados, forman también parte de la Revelación.

El tercero es el *Magisterio* de la Iglesia, que es el intérprete auténtico de la Revelación. La Iglesia goza de la asistencia –en algunos casos infalible– del Espíritu Santo.

El cuarto es la *Liturgia*, pues continuamente las fórmulas y los gestos de la celebración de los misterios de Cristo contienen las expresiones más afortunadas de la fe.

El quinto es la *oración*, pues es frecuente que cuando el hombre se recoge interiormente para buscar la presencia de Dios, el Espíritu Santo, que habita en su interior, le conceda la gracia de la contemplación.

El sexto son los *carismas y ministerios*, gracias que el Espíritu Santo concede a algunas personas no tanto para su santidad personal cuanto para la edificación de los fieles.

El séptimo son los *signos de vida apostólica y misionera*. El Espíritu Santo, como Alma que es de la Iglesia, suscita empresas de apostolado personal o colectivo acomodadas a los signos cambiantes de la historia de la humanidad.

El octavo es el *testimonio de los santos*, pues ellos, los “mejores hijos de la Iglesia”, lo son no tanto por la cantidad de gracias recibidas como por la finura de su correspondencia a la gracia.

1. LA MISION CONJUNTA DEL HIJO Y DEL ESPIRITU

689 Aquel al que el Padre ha enviado a nuestros corazones, el Espíritu de su Hijo (cf. Ga 4, 6) es realmente Dios. Consubstancial con el Padre y el Hijo, es inseparable de ellos, tanto en la vida íntima de la Trinidad como en su don de amor para el mundo. Pero al adorar a la Santísima Trinidad vivificante, substancial e indivisible, la fe de la Iglesia profesa también la distinción de las Personas. Cuando el Padre envía su Verbo, envía también su aliento: misión conjunta en la que el Hijo y el Espíritu Santo son distintos pero inseparables. Sin ninguna duda, Cristo es quien se manifiesta, Imagen visible de Dios invisible, pero es el Espíritu Santo quien lo revela.

La cita de Gálatas 4,6 está incluida en un texto más amplio, de gran contenido teológico:

Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva. La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios. (Gal 4,4-7)

Vamos a hacer tres consideraciones:

1. Hay dos misiones divinas: la del Hijo (***envió Dios a su Hijo***) y la del Espíritu Santo (***ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo***). En estas dos misiones se compedia la acción del Dios uno y trino en su plan de salvación para la humanidad. La primera misión, la del Hijo, es visible, carnal (***nacido de mujer***); la segunda es invisible, espiritual (***enviado a vuestros corazones***). La primera obró la Redención, con la Pascua (muerte y resurrección) de Cristo. La segunda obró la Santificación, con la Pentecostés, efusión del Espíritu Santo.
2. Merece la pena considerar la palabra ***Abbá***. Es un vocablo arameo que ha llegado hasta nosotros junto con su traducción, ***Padre***. Es el mismo término que usó nuestro Señor en su oración personal, según se deduce de Mc 14,36 (la exclamación de Jesús en su agonía del huerto). Un término que los judíos no habían utilizado nunca para dirigirse a Dios, probablemente porque entraña una gran confianza y ternura, propia de los hijos pequeños al dirigirse a su padre. Jesucristo no dudó, sin embargo, en usarla y en animar a los suyos para que la utilizaran. Así nos invita a tratar a Dios con la misma confianza y ternura con que un hijo pequeño trata a su padre.
3. Consideremos, finalmente, la expresión ***el Espíritu de su Hijo***. En San Pablo el Espíritu se llama, como en el Antiguo Testamento, el ***Espíritu de Dios***. Pero a veces -lo cual tiene una profunda significación- recibe el nombre de Espíritu del Hijo, Espíritu del Señor (2 Cor 3,17), Espíritu de Cristo (Rom 8,9; Flp 1,19). La identidad entre el Espíritu de Dios y el de Cristo aparece con claridad en estos dos pasajes:

Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece (Rom 8,9).

Atravesaron Frigia y la región de Galacia, pues el Espíritu Santo les había impedido predicar la Palabra en Asia. Estando ya cerca de Misia, intentaron dirigirse a Bitinia, pero no se lo consintió el Espíritu de Jesús (He 16,6-7).

En el siguiente número se describe con más detalle la relación entre Jesucristo y el Espíritu Santo

690 Jesús es Cristo, "ungido", porque el Espíritu es su Unción y todo lo que sucede a partir de la Encarnación mana de esta plenitud (cf. Jn 3, 34). Cuando por fin Cristo es glorificado (Jn 7, 39), puede a su vez, de junto al Padre, enviar el Espíritu a los que creen en él: El les comunica su Gloria (cf. Jn 17, 22), es decir, el Espíritu Santo que lo glorifica (cf. Jn 16, 14). La misión conjunta y mutua se desplegará desde entonces en los hijos adoptados por el Padre en el Cuerpo de su Hijo: la misión del Espíritu de adopción será unirlos a Cristo y hacerles vivir en él:

La noción de la unción sugiere ...que no hay ninguna distancia entre el Hijo y el Espíritu. En efecto, de la misma manera que entre la superficie del cuerpo y la unción del aceite ni la razón ni los sentidos conocen ningún intermediario, así es inmediato el contacto del Hijo con el Espíritu... de tal modo que quien va a tener contacto con el Hijo por la fe tiene que tener antes contacto necesariamente con el óleo. En efecto, no hay parte alguna que esté desnuda del Espíritu Santo. Por eso es por lo que la confesión del Señorío del Hijo se hace en el Espíritu Santo por aquellos que la aceptan, viniendo el Espíritu desde todas partes delante de los que se acercan por la fe (San Gregorio Niceno, Spir. 3, 1).

En la primera frase de este número, el Catecismo descubre que en el mismo nombre de Jesucristo contiene su unión con el Espíritu Santo. En efecto, *Cristo* quiere decir *Ungido*. En el Evangelio de San Lucas hay una secuencia de textos, los que relatan el comienzo de la vida pública del Señor, en la que el hilo conductor es esta idea: Jesús es el Ungido por el Espíritu. La secuencia comienza en el escenario del Jordán, donde Juan estaba bautizando:

Sucedió que cuando todo el pueblo estaba bautizándose, bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo, y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: «Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado.» (Lc 3,21-22).

La escena siguiente transcurre en el desierto:

Jesús, lleno de Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y era conducido por el Espíritu en el desierto (Lc 4,1).

La tercera escena son las poblaciones de Galilea. El evangelista insiste en que es el Espíritu Santo el que lleva a Jesús de una parte a otra:

Acabada toda tentación, el diablo se alejó de él hasta un tiempo oportuno. Jesús volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu, y su fama se extendió por toda la región (Lc 4,13-14).

Hasta que -cuarta escena- Jesús va a parar a Nazaret, de donde había salido, y en cuya sinagoga toma el libro del profeta Isaías y lee el siguiente pasaje:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido” [...]. Comenzó, pues, a decirles: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy.» (Lc 4,18.21)

Es decir, la bajada del Espíritu Santo en el Jordán es la manifestación de la mesianidad que Jesús tiene, no precisamente desde entonces, sino desde la Encarnación.

El Catecismo hace referencia a una frase del Bautista: ***Porque aquel a quien Dios ha enviado habla las palabras de Dios, porque da el Espíritu sin medida (Jn 3, 34)***. Esta frase la dice en respuesta a un problema de celos que surgió entre sus propios discípulos, que le dicen:

Fueron, pues, donde Juan y le dijeron: «Rabbi, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, aquel de quien diste testimonio, mira, está bautizando y todos se van a él.» (Jn 3,26).

Juan no da el Espíritu sin medida, porque no es el Mesías. Él sólo bautiza con agua; pero no con agua y Espíritu, porque esto está reservado para el Mesías

Y proclamaba: «Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo; y no soy digno de desatarle, inclinándome, la correa de sus sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.» (Mc 1,7-8).

Pero el propio Jesús, lleno en su humanidad del Espíritu Santo desde su Encarnación, no puede comunicar todavía su propio Espíritu. El bautismo que practicaba era, a semejanza del del Bautista, un bautismo de penitencia, una purificación ritual común. La razón es que aún no había sido glorificado. Veamos el siguiente pasaje de San Juan:

El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús puesto en pie, gritó: «Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí», como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado (Jn 7,37-39).

Esa ***agua viva***, como más adelante ampliaremos, es otro de los símbolos del Espíritu Santo. Lo que importa aquí es que ***aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado***. Es decir, tiene que suceder algo para que el envío del Espíritu Santo pueda realizarse, lo que tiene que suceder es, precisamente la *glorificación* de Cristo, y esta glorificación está pendiente, lógicamente, de su muerte.

Así pues hay una especie de movimiento circular en la misión del Hijo y la del Espíritu: el Hijo encarnado, Jesús, es Mesías, es decir, Cristo, por la unción con el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo vendrá a los que crean en el Hijo sólo cuando éste, glorioso ya, lo envíe.

2. EL NOMBRE, LOS APELATIVOS Y LOS SIMBOLOS DEL ESPIRITU SANTO

El nombre propio del Espíritu Santo

691 "Espíritu Santo", tal es el nombre propio de Aquél que adoramos y glorificamos con el Padre y el Hijo. La Iglesia ha recibido este nombre del Señor y lo profesa en el Bautismo de sus nuevos hijos (cf. Mt 28, 19). El término "Espíritu" traduce el término hebreo "Ruah", que en su primera acepción significa soplo, aire, viento. Jesús utiliza precisamente la imagen sensible del viento para sugerir a Nicodemo la novedad transcendente del que es personalmente el Soplo de Dios, el Espíritu divino (Jn 3, 5-8). Por otra parte, Espíritu y Santo son atributos divinos comunes a las Tres Personas divinas. Pero, uniendo ambos términos, la Escritura, la Liturgia y el lenguaje teológico designan la persona inefable del Espíritu Santo, sin equívoco posible con los demás empleos de los términos "espíritu" y "santo".

Jesús se acercó a ellos y les habló así: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.» (Mt 28,18-20).

En una escena muy solemne y definitiva -su Ascensión- el Señor, que ha recibido todo el poder, entrega este poder a los Apóstoles y lo concreta en el Bautismo y en la predicación. Y para el bautismo les entrega también la fórmula de la incorporación, que incluye la expresión trinitaria. A diferencia de otros sacramentos, la fórmula del Bautismo ya fue expresamente fijada por el Señor y la Iglesia la ha considerado y tratado como absolutamente irreformable.

Para nuestro propósito, el texto de Mateo 28,19 tiene un interés primordial, pues Jesús nombra a las tres divinas personas por su nombre propio y fija el nombre de la tercera, *Espíritu Santo*.

El nombre *Espíritu Santo* aparece 21 veces en los Evangelios. Veámos las citas de manera resumida:

Mt 12,32 y Mc 3, 29	El pecado contra el Espíritu Santo
Mt 28,19	El Espíritu Santo en la fórmula del Bautismo
Mc 12,36	“David, movido por el Espíritu Santo...”
Mc 13,11	“El Espíritu Santo hablará por vosotros”
Lc 1,15	Juan quedará lleno del Espíritu Santo
Lc 1,35	“El Espíritu Santo vendrá sobre ti”
Lc 1,41	“Isabel quedó llena del Espíritu Santo”
Lc 1,67	“Zacarías, lleno del Espíritu Santo”
Lc 2,25 y 26	Simeón tenía el don del Espíritu Santo.
Lc 3, 16	“El os bautizará con Espíritu Santo”
Lc 3,22	El Espíritu Santo bajó sobre Jesús en forma de paloma.
Lc 4,1	Jesús, lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán.

Lc 10,21	Jesús, lleno de la alegría del Espíritu Santo.
Lc 11,13	El Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan.
Lc 12,10	La blasfemia contra el Espíritu Santo no se perdonará
Lc 12,12	“El Espíritu Santo os enseñará lo que tenéis que decir”
Jn 1,35	“Él es el que bautiza con Espíritu Santo”
Jn 14,24	El Defensor, el Espíritu Santo
Jn 20,22	“Recibid el Espíritu Santo”

Además, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, la expresión Espíritu Santo aparece en 23 ocasiones.

Los apelativos del Espíritu Santo

692 Jesús, cuando anuncia y promete la Venida del Espíritu Santo, le llama el "Paráclito", literalmente "aquél que es llamado junto a uno", "advocatus" (Jn 14, 16. 26; 15, 26; 16, 7). "Paráclito" se traduce habitualmente por "Consolador", siendo Jesús el primer consolador (cf. 1 Jn 2, 1). El mismo Señor llama al Espíritu Santo "Espíritu de Verdad" (Jn 16, 13).

Parakletos literalmente significa: *aquel que es invocado* (de *para-kalein*, llamar en ayuda); y por tanto, el *defensor*, el abogado, además del el mediador, que realiza la función de intercesor [...]. Cuando Jesús en el Cenáculo, la vigilia de su pasión, anuncia la venida del Espíritu Santo, se expresa de la siguiente manera: **El Padre os dará otro Paráclito** (Jn 14,16). Con estas palabras se pone de relieve que el *propio Cristo es el primer Paráclito*, y que la acción del Espíritu Santo será semejante a la que él ha realizado, constituyendo caso su prolongación.

Jesucristo, efectivamente, era el defensor, y continúa siéndolo. El mismo Juan lo dirá en su Primera carta: **Si alguno peca, tenemos a uno que abogue (Parakletos) ante el Padre: a Jesucristo, el Justo** (1 Jn 2,1).

El abogado (defensor) es aquel que poniéndose de parte de los que son culpables debido a los pecados cometidos, los defiende del castigo merecido por sus pecados, los salva del peligro de perder la vida y la salvación eterna. Y el Espíritu Santo es llamado el *Paráclito*, porque continúa haciendo operante la redención con la que Cristo nos ha librado del pecado y de la muerte eterna.

Pero no sólo será defensor del pecador ante Dios, sino también defensor del justo ante sus perseguidores. Será el abogado de los Apóstoles y de todos aquellos que, a lo largo de los siglos, serán en la Iglesia los herederos de su misión, especialmente *en los momentos difíciles que comprometan sus responsabilidad* hasta el heroísmo. Jesús lo predijo y lo prometió:

Os entregarán a los tribunales...seréis llevados ante gobernadores y reyes...mas cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué vais a hablar...no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros (Mt 10,17-20)

En su pasaje paralelo, San Lucas es aún más explícito:

Porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel mismo momento lo que conviene decir (Lc 12,12).

Más adelante veremos la relación de esta función asistencial del Paráclito con las virtudes de la fortaleza y de la prudencia y con los dones de fortaleza y de consejo.

Después de “Santo” y de “Paráclito”, el apelativo más usado por Jesús es el de *Espíritu de verdad*. Aparece dos veces en el Evangelio de San Juan.

Y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros (Jn 14,16-17)

El Espíritu de la verdad... os anunciará lo que ha de venir (Jn 16,13).

La primera de ambas citas llama la atención porque pocos versículos más arriba, y a una pregunta de Tomás, Jesús responde:

Yo soy el camino, y la verdad y la vida (Jn 14,6).

La fórmula “Espíritu de la verdad” resulta chocante. El Espíritu es la fuerza, el principio de acción, el amor; representa en Dios el aspecto de la voluntad, mientras que la luz, la verdad, son atributos ordinarios de Cristo.

Sin embargo existe un lazo entre el Espíritu y la verdad, así como entre el Espíritu y el Cristo que es la verdad. El pasaje de Jn 16,13 lo que subraya con fuerza es la acción iluminadora del Espíritu: nos lo presenta como luz, le reconoce la función de hacerla descubrir, de guiar hasta ella. El Espíritu es acción, es revelación; sin ser la luz, permite percibirla. (DURRWELL, pag. 79).

Adjudicar al Paráclito el don de la verdad ayuda, por otro lado, a comprender lo que es la verdad revelada: el saber cristiano es cordial, se ilumina en el encuentro, se ve con los ojos del corazón:

Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os conceda espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente, iluminando los ojos de vuestro corazón (Ef 1,18).

Para ahondar más en este tema, consideremos otro texto de San Juan, no del Evangelio, sino de su primera epístola:

Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la Verdad (1 Jn, 5,6).

Y en la misma carta el Apóstol escribe:

Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha, quien no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error (1 Jn 4,6).

Usando una comparación -limitada y parcial, como todas, pero inteligible para el hombre de la era tecnológica- cabría decir que para “sintonizar” con la palabra de Cristo no basta con que haya un emisor, sino que se requiere un receptor en sintonía. La presencia del Espíritu, del “Maestro interior” en nuestra alma, es necesaria para comprender la Palabra del Señor.

*Varias veces se dice que los mismos Apóstoles estaban desconcertados en su interior (cfr. Mc 6,52) y no entendían (cfr. Mc 8,21), o bien entendían erróneamente las palabras y las obras de Cristo (cfr Mt 16,6-11). Así se explican en toda la plenitud de su significado las palabras del Maestro: **Cuando venga... el Espíritu de la verdad os conducirá hasta la verdad completa (Jn, 16,13).** El Evangelio, en efecto, está destinado a todas las naciones y a las generaciones siempre nuevas, que se desarrollarán en el contexto de las diversas culturas y del múltiple progreso de la civilización humana (JUAN PABLO II. Catequesis sobre el Espíritu Santo, 17-V-1989).*

Cuando estudiemos más adelante el don de Sabiduría, entenderemos mejor cómo la actuación del Espíritu Santo en el alma del creyente le conduce imperceptible pero realmente a una sintonía cada vez más fina y a un saborear cada vez más gustoso las verdades de la fe cristiana.

693 Además de su nombre propio, que es el más empleado en el libro de los Hechos y en las cartas de los apóstoles, en San Pablo se encuentran los siguientes apelativos: el Espíritu de la promesa (Ga 3, 14; Ef 1, 13), el Espíritu de adopción (Rm 8, 15; Ga 4, 6), el Espíritu de Cristo (Rm 8, 11), el Espíritu del Señor (2 Co 3, 17), el Espíritu de Dios (Rm 8, 9.14; 15, 19; 1 Co 6, 11; 7, 40), y en San Pedro, el Espíritu de gloria (1 P 4, 14).

Cristo nos rescató de la maldición de la ley, a fin de que llegara a los gentiles, en Cristo Jesús, la bendición de Abrahán, y por la fe recibiéramos el Espíritu de la Promesa (Gal 3,13-14)

Este apelativo, ***Espíritu de la Promesa*** es exclusivo de San Pablo, el Apóstol por el que se abrieron las puertas del Evangelio a los gentiles, es decir, a los pueblos que no descendían de la estirpe de Abrahán.

Nos llevaría muy lejos ahora el tema de lo que Juan Pablo II ha llamado *la Pentecostés de los Gentiles*; pero hagamos sólo dos consideraciones:

Primera, que a pesar de todo el particularismo judío, fundamentado en su viva conciencia de ser el pueblo elegido, hay en los libros del Antiguo Testamento una constante línea de universalidad, que da continuidad a las promesas de Yavé al patriarca Abrahán:

Y sacándole afuera, le dijo: «Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas.» Y le dijo: «Así será tu descendencia.» (Gen 15,5).

Yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré muchísimo tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa, y se adueñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos (Gen 22,17)

El argumento de todo el capítulo 3 de la carta a los Gálatas podría resumirse en esta idea: La promesa hecha a Abrahán será en beneficio de toda la humanidad. Es verdad que la Ley de Moisés abrió un abismo entre el pueblo elegido y el resto de los pueblos; pero la promesa fue anterior a la Ley; y como la Ley dejó de estar vigente con la nueva alianza en la Sangre de Cristo, la salvación es para todos los pueblos. Dicho de otro modo: la Ley de Moisés ha caducado, la promesa de Abrahán, no. Por eso, termina San Pablo el mencionado capítulo con esta frase:

Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abrahán, herederos según la Promesa (Gal 3, 28-29).

La segunda consideración es que, aunque con dificultades, tanto Pedro y los demás apóstoles como la primera comunidad cristiana -compuesta exclusivamente de judíos- aceptó la universalidad de la salvación en Cristo, gracias al argumento *pneumatológico* de Pedro, que se ve obligado a explicar por qué ha bautizado a la familia del pagano Cornelio, sin ser agregados antes por la circuncisión al pueblo judío. La escena presenta cierta analogía con lo ocurrido en Pentecostés: Allí fue dado el Espíritu Santo a los primeros discípulos, todos ellos judíos. Ahora se comunica también a los gentiles, de modo inesperado e irresistible:

Estaba Pedro diciendo estas cosas cuando el Espíritu Santo cayó sobre todos los que escuchaban la Palabra. Y los fieles circuncisos que habían venido con Pedro quedaron atónitos al ver que el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles, pues les oían hablar en lenguas y glorificar a Dios. Entonces Pedro dijo: «¿Acaso puede alguno negar el agua del bautismo a éstos que han recibido el Espíritu Santo como nosotros?» Y mandó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo (He 10,44-48).

Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de adopción que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! (Rom 8,15).

Para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva. La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! (Gal 4,5-6).

En estos dos pasajes de San Pablo se da a entender que la condición de hijos adoptivos de Dios la adquirimos precisamente por recibir el don del Espíritu Santo. Siendo como es el Espíritu de Cristo, el Hijo, aquellos que reciben el Espíritu del Hijo, son, con respecto a Él, hermanos y, con respecto al Padre, hijos.

Dicho de otra manera: aquel germen de vida injertado en el cristiano por el Espíritu Santo es la vida filial. Del sacramento del Bautismo podemos afirmar que consiste, principalmente, en la incorporación –en el sentido fuerte de la palabra- a Jesucristo. Y que llegamos a ser por la gracia lo que Él es por naturaleza: hijo de Dios.

La noción de adopción referida a los hijos de Dios, no es una ficción jurídica, como la adopción humana, sino una realidad todavía más profunda que la misma generación física:

Éste es el gran bien de la gloriosa adopción filial. Ésta no consiste en un puro sonido verbal, como las adopciones humanas, y no se trata de conferir el honor del nombre. Entre nosotros, los padres adoptivos transmiten a sus hijo sólo el nombre, y sólo por el nombre del padre es oficialmente su padre: no hay ni nacimiento ni dolores de parto. Al contrario, aquí se trata de verdadero nacimiento y de verdadera comunión con el Unigénito, no sólo en el hombre, sino en la realidad: comunión de sangre, de cuerpo y de vida. Cuando el Padre mismo reconoce en nosotros los miembros de su Unigénito y descubre en nuestros rostros la efigie de su Hijo, ¿qué más podemos ser?... La adopción divina establece un vínculo más estrecho y connatural que la filiación física, hasta tal punto que los cristianos regenerados por los misterios son hijos de Dios más que de los progenitores, y entre las dos generaciones media una distancia aún más grande que la que hay entre la generación física y la filiación adoptiva (N. CABASILAS, La vida en Cristo, VI).

Y el Ritual del Bautismo, en el rito de acogida, hace saludar al celebrante a los padres con estas palabras:

Hermanos, con gozo habéis vivido en vuestra familia el nacimiento de un hijo y con gozo venís ahora a la Iglesia para celebrar su nuevo y definitivo nacimiento en Cristo.

Las consecuencias de esta honda realidad podría decirse que abarcan toda la vida del cristiano. En la vida cristiana es verdadero el axioma filosófico *operari sequitur esse*: la manera de actuar corresponde a la manera de ser. La vida del cristiano, tanto en los grandes momentos como en la vida corriente, es la propia de un hijo de Dios, y, al considerar su filiación divina, está inmediatamente marcando su deber ser. Aquello que él es por gracia se vuelve una segunda naturaleza, de modo que, en la práctica, para él no existen realidades ni situaciones profanas: lo natural y lo sobrenatural están entrelazados en su alma con una sólida unidad de vida. El cristiano es cristiano no sólo cuando hace oración, cuando cumple sus deberes religiosos, cuando conscientemente se siente en presencia de Dios, sino en todos los momentos y circunstancias de su vida ordinaria.

Esta descripción corresponde a lo que llamaríamos el *dinamismo normal de la vida cristiana*, que es asequible a todo bautizado; es más, su falta de desarrollo se debe considerar como un fracaso, no como una simple carencia. Lo normal en un bautizado, y el plan de Dios con respecto a él, es que alcance la santidad, es decir, que, al igual que el Hijo Unigénito, identifique su voluntad con la voluntad de Dios: ***Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra*** (Jn 4,34; 6,38).

Los símbolos del Espíritu Santo

Después de considerar el nombre y los apelativos del Espíritu Santo, hemos de estudiar también los símbolos que se refieren a Él en la Sagrada Escritura, porque, en efecto, no sólo las palabras son cauce de revelación (el lenguaje es una clase de signos, signos verbales, pero hay también otras clases de signos), sino también los símbolos y las acciones. La Revelación divina no son solamente palabras:

El plan de la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas; las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio (CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática "Dei Verbum" sobre la divina Revelación, n. 2).

Algunos antropólogos distinguen entre signos (arbitrarios, concertados) y símbolos. Los primeros serían fruto de un convenio social (por ejemplo, la forma triangular de todas las señales de tráfico que indican peligro, aunque las formas triangulares no sean por sí mismas peligrosas). Los símbolos serían realidades cuya presencia *apunta* a la realidad simbolizada, cuyo significante guarda relación con lo significado. A efectos teológicos tanto da, pues lo que realmente interesa es descubrir la voluntad divina de revelarse por medio de aquella imagen, gesto o acción concreta.

694 El agua. El simbolismo del agua es significativo de la acción del Espíritu Santo en el Bautismo, ya que, después de la invocación del Espíritu Santo, ésta se convierte en el signo sacramental eficaz del nuevo nacimiento: del mismo modo que la gestación de nuestro primer nacimiento se hace en el agua, así el agua bautismal significa realmente que nuestro nacimiento a la vida divina se nos da en el Espíritu Santo. Pero "bautizados en un solo Espíritu", también "hemos bebido de un solo Espíritu"(1 Co 12, 13): el Espíritu es, pues, también personalmente el Agua viva que brota de Cristo crucificado (cf. Jn 19, 34; 1 Jn 5, 8) como de su manantial y que en nosotros brota en vida eterna (cf. Jn 4, 10-14; 7, 38; Ex 17, 1-6; Is 55, 1; Za 14, 8; 1 Co 10, 4; Ap 21, 6; 22, 17).

Aquí tenemos un verdadero símbolo: el agua es, por su misma naturaleza, signo de vida, por un lado, y de limpieza, por otro. No es un símbolo propio del cristianismo, sino de la naturaleza religiosa de todo ser humano. Prueba de ello es que en la mayoría de las religiones se practican ritos de purificación con un significado común: lo que limpia el cuerpo, que limpie el alma; lo que da vida al cuerpo, que la dé también al alma.

Así, Jesucristo dispuso que el cristianismo tuviera un signo eficaz de la Redención, el bautismo con agua. Ahora bien, como el efecto de este signo es la nueva vida en el Espíritu, esa agua, por una traslación de sentido, viene a significar al mismo Espíritu Santo. Y así, todos los pasajes del Antiguo Testamento que hablan del agua purificadora, son figura de la acción del Espíritu Santo en la Nueva Alianza. El Catecismo se refiere a algunos:

Toda la comunidad de los israelitas partió del desierto de Sin, a la orden de Yahveh, para continuar sus jornadas; y acamparon en Refidim, donde el pueblo no encontró agua para beber. El pueblo entonces se querelló contra Moisés, diciendo: «Danos agua para beber.» Respondióles Moisés: «¿Por qué os querelláis conmigo? ¿Por qué tentáis a Yahveh?» Pero el pueblo, torturado por la sed, siguió murmurando contra Moisés: «¿Nos has hecho salir de Egipto para hacerme morir de sed, a mí, a mis hijos y a mis ganados?» Clamó Moisés a Yahveh y dijo: «¿Qué puedo hacer con este pueblo? Poco falta para que me apedreen.» Respondió Yahveh a Moisés: «Pasa delante del pueblo, llevando contigo algunos de los ancianos de Israel; lleva también en tu mano el cayado con que golpeaste el Río y vete, que allí estaré yo ante ti, sobre la piña, en Horeb; golpearás la peña, y saldrá de ella agua para que beba el pueblo.» Moisés lo hizo así a la vista de los ancianos de Israel (Ex 17,1-6).

¡Oh, todos los sedientos, id por agua, y los que no tenéis plata, venid, comprad y comed, sin plata, y sin pagar, vino y leche! (Is 55,1).

Sucedirá aquel día que saldrán de Jerusalén aguas vivas, mitad hacia el mar oriental, mitad hacia el mar occidental: las habrá tanto en verano como en invierno (Za 14,8).

Y todos fueron bautizados en Moisés, por la nube y el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo (1 Cor 10,2-4).

En este último pasaje de San Pablo encontramos un ejemplo muy claro de lo que en exégesis bíblica se llama *sentido típico*, acontecimientos del Antiguo Testamento que apuntan a hechos del Nuevo Testamento, hechos que, a su vez, desentrañan el sentido profundo que aquellos tenían; o, dicho de una forma no muy propia, pero asequible: premoniciones. En efecto, en la roca que Moisés golpea con su vara y de la que brota el agua, San Pablo ve una *figura* del costado de Cristo que, golpeado por la lanza del soldado, deja manar sangre y agua (cfr. Jn 19,34). Ahora bien, si la roca representa el costado abierto, el agua representa la vida, es decir, el Espíritu Santo. El prefacio de la misa del Sagrado Corazón de Jesús dice:

*Hizo que, de su costado abierto,
brotaran, con el agua y la sangre,
los sacramentos de la Iglesia,
para que así, acercándose al corazón abierto del Salvador,
todos puedan beber de las fuentes de la salvación.*

Un pequeño apunte sobre la *gratuidad* de esta Agua. Tanto en el diálogo con la Samaritana (Jn 4,10-14), como en los dos textos del Apocalipsis (21,6 y 22,17), se subraya que esa agua de vida es gratuita. Como bien escaso, en todas partes, pero especialmente en el desierto, la memoria colectiva del pueblo de Israel acerca de su época de peregrinación por el desierto hacía del agua condición de subsistencia; y el simbolismo del *agua gratis* tenía en el pueblo elegido una fuerza adecuada para expresar la gratuidad de los dones de la salvación.

Hay un texto al que el Catecismo se refiere en otro lugar, pero que es seguramente el más expresivo del simbolismo del agua con respecto al Espíritu Santo. Está enmarcado en un discurso que Jesús pronunció en el Templo de Jerusalén al final de la fiesta de los Tabernáculos:

El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús puesto en pie, gritó: «Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí», como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado (Jn 7,37-39).

Parece que Jesús estaba apropiándose la profecía mesiánica de Ezequiel, y por eso el Evangelista se atreve -como, por lo demás acostumbra a hacer- a interpretar las enseñanzas del Maestro.

Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras impurezas y de todas vuestras basuras os purificaré. Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne (Ez 37,25-26).

El profeta Ezequiel identifica el agua pura que purifica con el espíritu nuevo que convertirá el corazón impenitente -corazón de piedra- en un corazón de carne.

695 La unción. El simbolismo de la unción con el óleo es también significativo del Espíritu Santo, hasta el punto de que se ha convertido en sinónimo suyo (cf. 1 Jn 2, 20. 27; 2 Co 1, 21). En la iniciación cristiana es el signo sacramental de la Confirmación, llamada justamente en las Iglesias de Oriente "Crismación". Pero para captar toda la fuerza que tiene, es necesario volver a la Unción primera realizada por el Espíritu Santo: la de Jesús. Cristo ["Mesías" en hebreo] significa "Ungido" del Espíritu de Dios. En la Antigua Alianza hubo "ungidos" del Señor (cf. Ex 30, 22-32), de forma eminente el rey David (cf. 1 S 16, 13). Pero Jesús es el Ungido de Dios de una manera única: La humanidad que el Hijo asume está totalmente "ungida por el Espíritu Santo". Jesús es constituido "Cristo" por el Espíritu Santo (cf. Lc 4, 18-19; Is 61, 1). La Virgen María concibe a Cristo del Espíritu Santo quien por medio del ángel lo anuncia como Cristo en su nacimiento (cf. Lc 2,11) e impulsa a Simeón a ir al Templo a ver al Cristo del Señor (cf. Lc 2, 26-27); es de quien Cristo está lleno (cf. Lc 4, 1) y cuyo poder emana de Cristo en sus curaciones y en sus acciones salvíficas (cf. Lc 6, 19; 8, 46). Es él en fin quien resucita a Jesús de entre los muertos (cf. Rm 1, 4; 8, 11). Por tanto, constituido plenamente "Cristo" en su Humanidad victoriosa de la muerte (cf. Hch 2, 36), Jesús distribuye profusamente el Espíritu Santo hasta que "los santos" constituyan, en su unión con la Humanidad del Hijo de Dios, "ese Hombre perfecto ... que realiza la plenitud de Cristo" (Ef 4, 13): "el Cristo total" según la expresión de San Agustín.

Veamos los principales textos:

Prepararás con ello el óleo para la unción sagrada, perfume aromático como lo prepara el perfumista. Este será el óleo para la unción sagrada. Con él ungirás la Tienda del Encuentro y el arca del Testimonio, la mesa con todos sus utensilios, el candelabro con todos sus utensilios, el altar del incienso, el altar del holocausto con todos sus utensilios y la pila con su base. Así los consagrarás y serán cosa sacratísima. Todo cuanto los toque quedará santificado. Ungirás también a Aarón y a sus hijos y los consagrarás para que ejerzan mi sacerdocio. Hablarás a los israelitas, diciendo: Este será para vosotros el óleo de la unción sagrada de generación en generación. No debe derramarse sobre el cuerpo de ningún hombre; no haréis ningún otro de composición parecida a la suya. Santo es y lo tendréis por cosa sagrada (Ex 30,25-32).

Antes de esto, el texto sagrado ha recogido las indicaciones minuciosas que Yavé ha dado a Moisés sobre la composición del óleo. De todo ello se desprende que la unción sagrada es una consagración, es decir, un rescate del ungido -objeto o persona- de usos profanos, y una destinación estricta a usos sagrados. Lo ungido es elegido por Dios para signo de su presencia, una acotación. Su uso para otros fines es una profanación, un sacrilegio, castigado con frecuencia con la muerte.

El pasaje seguramente más significativo es la unción de David:

Tomó Samuel el cuerno de aceite y le ungió en medio de sus hermanos. Y a partir de entonces, vino sobre David el espíritu de Yahveh. Samuel se levantó y se fue a Ramá. El espíritu de Yahveh se había apartado de Saúl y un espíritu malo que venía de Yahveh le perturbaba (1 Sam 16,13-14).

Aquí se ve claramente la relación entre el gesto "le ungió" y el efecto: "Vino sobre David el Espíritu del Señor". La diferencia entre este pasaje y la declaración de Jesús

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido (Lc 4,18),

la diferencia es que el propio Espíritu Santo es el autor de la unción: no es Dios que unge con su Espíritu, sino el propio Espíritu-Persona divina. El paso del Espíritu-objeto al Espíritu-sujeto de la unción es fruto, sencillamente, del avance en la revelación del Misterio de Dios Trinidad.

En un tercer “momento” de revelación, se manifiesta que el autor y el don son lo mismo. Es decir, el don y el donante son el mismo: el Espíritu Santo:

Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo (Gal 4,6).

Esto es patente en Jesucristo (Jesús *el ungiendo*). En efecto, Él, que es concebido por obra del Espíritu Santo -***El Espíritu Santo vendrá sobre ti*** (Lc 1,35), estará lleno del Espíritu Santo: ***Jesús, lleno de Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y era conducido por el Espíritu en el desierto*** (Lc 4,1).

La plenitud del Espíritu Santo en Jesucristo se manifiesta en diversos momentos de su vida mortal. Así, por ejemplo, después de uno de sus milagros de curación, la del hombre de la mano seca, San Lucas anota:

Toda la gente procuraba tocarle, porque salía de él una fuerza que sanaba a todos (Lc 6,19).

Y cuando se produce la “involuntaria” curación de la hemorroísa:

Pero Jesús dijo: «Alguien me ha tocado, porque he sentido que una fuerza ha salido de mí.» (Lc 8,46).

Pero sobre todo, el que el Jesús mortal resucite se debe a que el Espíritu Santo estaba en su propia condición humana:

Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (Rom 8,11)

La condición de Ungido, de *cristo*, la adquiere Jesús en su plenitud no antes, sino después de su resurrección:

Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado (He 2,36)

Veamos finalmente estos dos pasajes a los que también hace referencia el Catecismo:

En cuanto a vosotros, estáis ungidos por el Santo y todos vosotros lo sabéis. Y en cuanto a vosotros, la unción que de El habéis recibido permanece en vosotros y no necesitáis que nadie os enseñe. Pero como su unción os enseña acerca de todas las cosas - y es verdadera y no mentirosa - según os enseñó, permaneced en él (1 Jn 2,20.27).

Y es Dios el que nos conforta juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ungió, y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones (2 Cor 1,21-22).

En ambos textos es patente la identificación del gesto -la unción- con la Persona divina del Paráclito. El segundo texto, especialmente, contiene tres referencias seguidas al Espíritu Santo: la unción, el sello y las arras. El símbolo de la unción tiene, como hemos visto, una rica tradición en la historia de Israel. El símbolo del sello lo estudiaremos más adelante. La referencia al Espíritu como arras se ha explicado más arriba en el apelativo del Espíritu de la promesa.

696 El fuego. Mientras que el agua significaba el nacimiento y la fecundidad de la Vida dada en el Espíritu Santo, el fuego simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo. El profeta Elías que "surgió como el fuego y cuya palabra abrasaba como antorcha" (Si 48, 1), con su oración, atrajo el fuego del cielo sobre el sacrificio del monte Carmelo (cf. 1 R 18, 38-39), figura del fuego del Espíritu Santo que transforma lo que toca. Juan Bautista, "que precede al Señor con el espíritu y el poder de Elías" (Lc 1, 17), anuncia a Cristo como el que "bautizará en el Espíritu Santo y el fuego" (Lc 3, 16), Espíritu del cual Jesús dirá: "He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviese encendido!" (Lc 12, 49). Bajo la forma de lenguas "como de fuego", como el Espíritu Santo se posó sobre los discípulos la mañana de Pentecostés y los llenó de él (Hch 2, 3-4). La tradición espiritual conservará este simbolismo del fuego como uno de los más expresivos de la acción del Espíritu Santo (cf. San Juan de la Cruz, Llama de amor viva). "No extingáis el Espíritu"(1 Te 5, 19).

El fuego, en la Sagrada Escritura es signo de purificación del pecado. Es signo de castigo, como en Sodoma, y de destrucción de las víctimas en los holocaustos, o sacrificios con inmolación completa de la víctima.

Cayó el fuego de Yahveh que devoró el holocausto y la leña, y lamió el agua de las zanjias. Todo el pueblo lo vió y cayeron sobre su rostro y dijeron: «¡Yahveh es Dios, Yahveh es Dios!» (1 Re 18,38-39).

El fuego es fuente de calor y de luz, pero es también una fuerza que destruye. Por eso se habla de arrojar al fuego el árbol que no da frutos (Cf. Mt 3,10; Jn 15,6); se habla también de quemar la paja con fuego que no se apaga (Mt 3,12). El bautismo ***en Espíritu Santo y fuego*** (Lc 3,16) indica el poder purificador del fuego, de un fuego misterioso, que expresa la exigencia de santidad y de pureza que trae el Espíritu de Dios.

Jesús mismo decía: He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido (Lc 12,49). En este caso se trata del fuego del amor de Dios, de aquel amor que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Rom 5,5). La lenguas como de fuego (He 2,3-4) que aparecieron el día de Pentecostés significaban que el Espíritu Santo traía el don de la participación en el amor salvífico de Dios. Un día, Santo Tomás dirá que la caridad, el fuego traído por Jesucristo a la tierra, es "una cierta participación del Espíritu Santo" (participatio quaedam Spiritus Sancti: Summa Theologiae II-II, 23, 3, 3). En este sentido, el fuego es un símbolo del Espíritu Santo, Persona que es amor en la Trinidad divina (JUAN PABLO II, Catequesis 17-X-1990).

El fuego expresa frecuentemente en la Biblia el amor ardiente de Dios por los hombres. Por ejemplo, la columna de fuego que acompañó al pueblo peregrino por el desierto

Desde el cielo te ha hecho oír su voz para instruirte, y en la tierra te ha mostrado su gran fuego, y de en medio del fuego has oído sus palabras. Porque amó a tus padres y eligió a su descendencia después de ellos, te sacó de Egipto personalmente con su gran fuerza (Dt 4,36-37)

No se apartó del pueblo ni la columna de nube por el día, ni la columna de fuego por la noche (Ex 13,22).

Porque Yahveh tu Dios es un fuego devorador, un Dios celoso (Dt 4,24).

A la vez, el amor del hombre a Dios se expresa también con símbolos parecidos:

Me ardía el corazón dentro del pecho, se encendía el fuego en mi meditación (Sal 38,4).

Finalmente, la liturgia, recoge el simbolismo del fuego en el *Veni Creator*:

*Fons vivus, ignis, caritas...
Accende lumen sensibus,
infunde amorem cordibus.*

697 La nube y la luz. Estos dos símbolos son inseparables en las manifestaciones del Espíritu Santo. Desde las teofanías del Antiguo Testamento, la Nube, unas veces oscura, otras luminosa, revela al Dios vivo y salvador, tendiendo así un velo sobre la transcendencia de su Gloria: con Moisés en la montaña del Sinaí (cf. Ex 24, 15-18), en la Tienda de Reunión (cf. Ex 33, 9-10) y durante la marcha por el desierto (cf. Ex 40, 36-38; 1 Co 10, 1-2); con Salomón en la dedicación del Templo (cf. 1 R 8, 10-12). Pues bien, estas figuras son cumplidas por Cristo en el Espíritu Santo. El es quien desciende sobre la Virgen María y la cubre "con su sombra" para que ella conciba y dé a luz a Jesús (Lc 1, 35). En la montaña de la Transfiguración es El quien "vino en una nube y cubrió con su sombra" a Jesús, a Moisés y a Elías, a Pedro, Santiago y Juan, y "se oyó una voz desde la nube que decía: Este es mi Hijo, mi Elegido, escuchadle" (Lc 9, 34-35). Es, finalmente, la misma nube la que "ocultó a Jesús a los ojos" de los discípulos el día de la Ascensión (Hch 1, 9), y la que lo revelará como Hijo del hombre en su Gloria el Día de su Advenimiento (cf. Lc 21, 27).

Y subió Moisés al monte. La nube cubrió el monte. La gloria de Yahveh descansó sobre el monte Sinaí y la nube lo cubrió por seis días. Al séptimo día, llamó Yahveh a Moisés de en medio de la nube. La gloria de Yahveh aparecía a la vista de los hijos de Israel como fuego devorador sobre la cumbre del monte. Moisés entró dentro de la nube y subió al monte. Y permaneció Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches (Ex 24,15-18).

Esta nube, luminosa y a la vez opaca, es la manifestación sensible de la presencia divina. Simboliza a la vez su cercanía y su transcendencia. A Dios se le sabe cerca; pero, a diferencia de los ídolos de Egipto, no se le reconoce figura. El mismo mensaje contiene el episodio de la Tienda de la Reunión:

Y una vez entrado Moisés en la tienda, bajaba la columna de nube y se detenía a la puerta de la Tienda, mientras Yahveh hablaba con Moisés. Todo el pueblo veía la columna de nube detenida a la puerta de la Tienda y se levantaba el pueblo, y cada cual se postraba junto a la puerta de su tienda (Ex 33,9-10).

En todas las marchas, cuando la Nube se elevaba de encima de la Morada, los israelitas levantaban el campamento. Pero si la Nube no se elevaba, ellos no levantaban el campamento, en espera del día en que se elevara. Porque durante el día la Nube de Yahveh estaba sobre la Morada y durante la noche había fuego a la vista de toda la casa de Israel. Así sucedía en todas sus marchas (Ex 40, 36-38).

El simbolismo vivificante de la nube es evidente, sobre todo en regiones áridas: protege del sol ardiente y es un augurio de la lluvia. Su atribución al Espíritu Santo no es evidente en el Antiguo Testamento, pero sí en los comienzos del Nuevo, cuando se atribuye al Paráclito del misterio de la Encarnación:

El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Lc 1,35 a).

Este versículo tiene dos hemistiquios en paralelo:

*El Espíritu Santo - vendrá sobre ti
El poder del Altísimo - te cubrirá con su sombra.*

698 El sello es un símbolo cercano al de la unción. En efecto, es Cristo a quien "Dios ha marcado con su sello" (Jn 6, 27) y el Padre nos marca también en él con su sello (2 Co 1, 22; Ef 1, 13; 4, 30). Como la imagen del sello ["sphragis"] indica el carácter indeleble de la Unción del Espíritu Santo en los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y del Orden, esta imagen se ha utilizado en ciertas tradiciones teológicas para expresar el "carácter" imborrable impreso por estos tres sacramentos, los cuales no pueden ser reiterados.

Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre, porque a éste es a quien el Padre, Dios, ha marcado con su sello.» (Jn 6,27).

La relación entre el Espíritu Santo y el "Pan del cielo", la Eucaristía, es interesante. Jesús, en el discurso del Pan de vida, (Jn 6), tiene que declarar con igual fuerza el realismo de la Eucaristía -***mi carne es verdadera comida, mi sangre es verdadera bebida*** (v. 55), y la condición de alimento espiritual -***El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida*** (v. 63). Tiene que excluir tanto la interpretación alegórica como la interpretación cafarnaítica.

Los oyentes de Jesús entendieron de modo "material" aquel primer anuncio eucarístico. El Maestro quiso en seguida precisar que su contenido sólo podía aclararse y entenderse por obra del "Espíritu que da vida". En la Eucaristía Cristo nos da su Cuerpo y su Sangre como alimento y bebida, bajo las especies del pan y del vino, como durante el Banquete Pascual de la última Cena. Solamente en virtud del Espíritu, que da vida, el alimento y la bebida eucarística pueden obrar en nosotros la "comunión" es decir, la unión salvífica con el Cristo crucificado y glorificado (JUAN PABLO II, Catequesis, 13-IX-1989).

Y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones (2 Cor 1,22).

En él también vosotros, tras haber oído la Palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salvación, y creído también en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa (Ef 1,13).

Estos dos pasajes de San Pablo tienen la misma idea común: El Espíritu Santo es prenda de la felicidad futura. Se puede decir que la vida cristiana en la tierra es como una inicaición en la participación plena en la gloria de Dios; y el Espíritu Santo es la garantía de alcanzar la plenitud de la vida eterna cuando, por efecto de la redención, sean vencidos también los restos del pecado, como el dolor y la muerte. Así, la esperanza cristiana no sólo es garantía, sino también anticipación de la realidad futura.

No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el que fuisteis sellados para el día de la redención (Ef 4,30).

699 La mano. Imponiendo las manos Jesús cura a los enfermos(cf. Mc 6, 5; 8, 23) y bendice a los niños (cf. Mc 10, 16).En su Nombre, los Apóstoles harán lo mismo (cf. Mc 16, 18; Hch 5, 12; 14, 3). Más aún, mediante la imposición de manos de los Apóstoles el Espíritu Santo nos es dado (cf. Hch 8, 17-19; 13, 3; 19, 6). En la carta a los Hebreos, la imposición de las manos figura en el número de los "artículos fundamentales" de su enseñanza (cf. Hb 6, 2). Este signo de la efusión todopoderosa del Espíritu Santo, la Iglesia lo ha conservado en sus epiclesis sacramentales.

Jesús les dijo: «Un profeta sólo en su patria, entre sus parientes y en su casa carece de prestigio.» Y no podía hacer allí ningún milagro, a excepción de unos pocos enfermos a quienes curó imponiéndoles las manos (Mc 6,4-5).

Tomando al ciego de la mano, le sacó fuera del pueblo, y habiéndole puesto saliva en los ojos, le impuso las manos y le preguntaba: «¿Ves algo?» (Mc 8,23).

Agarrarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien (Mc 16,18).

Por mano de los apóstoles se realizaban muchas señales y prodigios en el pueblo (He 5,12).

Con todo se detuvieron allí bastante tiempo, hablando con valentía del Señor que les concedía obrar por sus manos señales y prodigios, dando así testimonio de la predicación de su gracia (He 14,3).

En todos estos pasajes se percibe una relación entre el poder taumatúrgico y el gesto de la imposición de manos. Pero en otros pasajes hay algo más: no sólo las curaciones físicas, sino también la comunicación de la gracia y del Espíritu Santo.

Y abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos (Mc 10,16).

Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo. Al ver Simón que mediante la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu, les ofreció dinero diciendo: «Dadme a mí también este poder para que reciba el Espíritu Santo aquel a quien yo impoga las manos.» (He 8,17-19).

Entonces, después de haber ayunado y orado, les impusieron las manos y les enviaron (He 13,3).

El siguiente pasaje es de gran importancia, pues testimonia la existencia y colación del sacramento de la Confirmación ya entre los mismos apóstoles:

Mientras Apolo estaba en Corinto, Pablo atravesó las regiones altas y llegó a Efeso donde encontró algunos discípulos; les preguntó: «¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando abrazasteis la fe?» Ellos contestaron: «Pero si nosotros no hemos oído decir siquiera que exista el Espíritu Santo.» El replicó: «¿Pues qué bautismo habéis recibido?» - «El bautismo de Juan», respondieron. Pablo añadió: «Juan bautizó con un bautismo de conversión, diciendo al pueblo que creyesen en el que había de venir después de él, o sea en Jesús.» Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y, habiéndoles Pablo impuesto las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo y se pusieron a hablar en lenguas y a profetizar (He 19,1-6).

La liturgia de la Iglesia emplea la imposición de manos como gesto constitutivo (forma) del sacramento del Orden. La emplea notoriamente en la epiclesis que precede a la consagración eucarística. La emplea en la bendición de los nuevos esposos, en la Unción de los enfermos, en las bendiciones solemnes. Hace también la imposición de la mano al tiempo de la unción con el Crisma en la frente del que se confirma.

Por eso, dejando aparte la enseñanza elemental acerca de Cristo, elevémonos a lo perfecto, sin reiterar los temas fundamentales del arrepentimiento de las obras muertas y de la fe en Dios; de la instrucción sobre los bautismos y de la imposición de las manos; de la resurrección de los muertos y del juicio eterno (Heb 6,1-2).

En este pasaje de la carta a los Hebreos, un texto marcadamente sacerdotal, la referencia a la “imposición de las manos” pudiera referirse a la organización sagrada de la Iglesia, pues por la imposición de las manos se realiza el sacramento del Orden.

700 El dedo. "Por el dedo de Dios expulso yo [Jesús] los demonios" (Lc 11, 20). Si la Ley de Dios ha sido escrita en tablas de piedra "por el dedo de Dios" (Ex 31, 18), la "carta de Cristo" entregada a los Apóstoles "está escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón" (2 Co 3, 3). El himno "Veni Creator" invoca al Espíritu Santo como "digitus paternae dexteræ" ("dedo de la diestra del Padre").

Después de hablar con Moisés en el monte Sinaí, le dio las dos tablas del Testimonio, tablas de piedra, escritas por el dedo de Dios (Ex 31,18).

San Pablo, en el pasaje mencionado hace una doble comparación: El dedo de Dios, que escribe sobre la piedra, y el Espíritu Santo que escribe en los corazones. La antítesis corazón de piedra/corazón de carne, ya estudiada (ver pag. 12), aparece de nuevo aquí; pero a diferencia del pasaje de Ezequiel (37,25-26), es el propio Espíritu Santo el que se pone a sí mismo en el corazón de los fieles.

701 La paloma. Al final del diluvio (cuyo simbolismo se refiere al Bautismo), la paloma soltada por Noé vuelve con una rama tierna de olivo en el pico, signo de que la tierra es habitable de nuevo(cf. Gn 8, 8-12). Cuando Cristo sale del agua de su bautismo, el Espíritu Santo, en forma de paloma, baja y se posa sobre él (cf. Mt 3, 16 par.). El Espíritu desciende y reposa en el corazón purificado de los bautizados. En algunos templos, la santa Reserva eucarística se conserva en un receptáculo metálico en forma de paloma (el columbarium), suspendido por encima del altar. El símbolo de la paloma para sugerir al Espíritu Santo es tradicional en la iconografía cristiana.

La paloma es el símbolo más popular en la tradición cristiana.

Después soltó a la paloma, para ver si habían menguado ya las aguas de la superficie terrestre. La paloma, no hallando donde posar el pie, tornó donde él, al arca, porque aún había agua sobre la superficie de la tierra; y alargando él su mano, la asió y metióla consigo en el arca. Aún esperó otros siete días y volvió a soltar la paloma fuera del arca. La paloma vino al atardecer, y he aquí que traía en el pico un ramo verde de olivo, por donde conoció Noé que habían disminuido las aguas de encima de la tierra. Aún esperó otros siete días y soltó la paloma, que ya no volvió donde él (Gen 8,8-12).

Bautizado Jesús, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre él (Mt 3,16).

La paloma de Noé es símbolo del final del castigo, que el diluvio trajo para toda la humanidad, la purificación de la tierra a costa de la muerte. En efecto, acabado el diluvio, Dios promete:

Nunca más volveré al maldecir el suelo por causa del hombre, porque las trazas del corazón humano son malas desde su niñez, ni volveré a herir a todo ser viviente como lo he hecho (Gen 8,21).

La manifestación del Espíritu Santo en forma de paloma al comienzo de la vida pública del Señor parece anunciar una nueva alianza, mejor que la de Noé: la purificación de toda la humanidad a costa de la muerte de Uno solo.

3. EL ESPIRITU Y LA PALABRA DE DIOS EN EL TIEMPO DE LAS PROMESAS

702 Desde el comienzo y hasta "la plenitud de los tiempos" (Ga 4, 4), la Misión conjunta del Verbo y del Espíritu del Padre permanece oculta pero activa. El Espíritu de Dios preparaba entonces el tiempo del Mesías, y ambos, sin estar todavía plenamente revelados, ya han sido prometidos a fin de ser esperados y aceptados cuando se manifiesten. Por eso, cuando la Iglesia lee el Antiguo Testamento (cf. 2 Co 3, 14), investiga en él (cf. Jn 5, 39-46) lo que el Espíritu, "que habló por los profetas", quiere decirnos acerca de Cristo.

Por "profetas", la fe de la Iglesia entiende aquí a todos los que fueron inspirados por el Espíritu Santo en el vivo anuncio y en la redacción de los Libros Santos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. La tradición judía distingue la Ley [los cinco primeros libros o Pentateuco], los Profetas [que nosotros llamamos los libros históricos y proféticos] y los Escritos [sobre todo sapienciales, en particular los Salmos, cf. Lc 24, 44].

Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley (Gal 4,4).

Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos (Heb 1,1-2).

Si profundizamos en estos dos pasajes simultáneamente nos introduciremos en un tema apasionante: la concepción cristiana del tiempo y de la historia. El tiempo, para un cristiano, no es sólo la medida del cambio de las cosas, sino la sucesión de ocasiones para merecer la gloria. El transcurrir de los momentos, a medida que nos cruzamos con personas y acontecimientos, forma parte de los planes de Dios, pues el tiempo, en cuanto tal, forma parte de la Creación y de la historia de la salvación.

El tiempo, visto con mentalidad religiosa, no es lineal ni uniforme; tiene diferentes "densidades". Así hemos de entender la expresión paulina ***plenitud de los tiempos***. Con ella da a entender que el momento de la Encarnación del Hijo de Dios es el momento culminante de la historia, que lo que haya sucedido antes o suceda después es de menor importancia. No hay período de la historia más importante para la humanidad que el transcurrido entre el Anuncio del ángel a María y la resurrección del Señor. Esos treinta y tres años constituyen la "plenitud de los tiempos".

Pero el resto de la historia no está vacío. La historia de la humanidad es la historia de su salvación. Desde la trasgresión de Adán el hombre permanecía en el pecado, era esclavo del demonio. Un período largo en el que en la oscuridad causada por el pecado brillaba la promesa, ya desde el primer momento, de un redentor:

Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar (Gen 3,15).

Pero en ese tiempo los pecados de los hombres recibían el merecido castigo de la justicia divina (recordemos los episodios del diluvio (Gen 6-7) y el castigo de Sodoma y Gomorra (Gen 19,1-19). No obstante, siempre permanece la misericordia del Señor, el amor indefectible que le impide exterminar al género humano, a pesar de su maldad. Por eso, muchas veces y de múltiples formas, Dios se acerca al hombre y le habla para revelar el camino de la salvación. Por último, con la obediencia de Cristo en la Cruz, se inaugura el tiempo de la misericordia: el pecado y el demonio ya no esclavizan al hombre.

Y no como Moisés, que se ponía un velo sobre su rostro para impedir que los israelitas vieran el fin de lo que era pasajero... Pero se embotaron sus inteligencias. En efecto, hasta el día de hoy perdura ese mismo velo en la lectura del Antiguo Testamento. El velo no se ha levantado, pues sólo en Cristo desaparece (2 Cor 3,14).

San Pablo compara en este pasaje el velo que Moisés se ponía sobre su rostro con la incertidumbre del pueblo acerca de su salvación. Se cubría por orden de Dios porque, habiéndole contemplado cara a cara, cegaría a los que contemplaran su gloria, y la manifestación de esta gloria estaba reservada a tiempos futuros, cuando Dios se revelara en Cristo. En realidad, San Pablo está acusando al pueblo de Israel de no haber reconocido a Jesucristo, y mientras no le reconozcan, seguirán en la oscuridad.

Hay en la tradición teológica un adagio clarificador y fácil de memorizar: *Novum Testamentum in Vetere velatur; Vetus in Novo revelatur*. El Nuevo Testamento está velado en el Antiguo; el Antiguo está revelado en el Nuevo. El lo que el Señor dice a los judíos echándoles en cara su incredulidad:

Vosotros investigáis las escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí (Jn 5,39).

Está diciéndoles que, aun sin nombrarle, todo el Antiguo Testamento, con la Ley de Moisés, los anuncios de los profetas y los consejos de los libros sapienciales e históricos, están preparando la venida de Cristo.

Lo que vamos a estudiar en este capítulo es el despliegue del artículo de fe que contiene el Credo Nicenoconstantinopolitano:

Creo en el Espíritu Santo..., que habló por los profetas.

En la Creación

703 La Palabra de Dios y su Soplo están en el origen del ser y de la vida de toda creatura (cf. Sal 33, 6; 104, 30; Gn 1, 2; 2, 7; Qo 3, 20-21; Ez 37, 10): Es justo que el Espíritu Santo reine, santifique y anime la creación porque es Dios consubstancial al Padre y al Hijo ... A El se le da el poder sobre la vida, porque siendo Dios guarda la creación en el Padre por el Hijo (Liturgia bizantina, Tropario de maitines, domingos del segundo modo).

Por la palabra de Yahveh fueron hechos los cielos, por el soplo de su boca toda su mesnada (Sal 33,6).

Envías tu soplo y son creados, y renuevas la faz de la tierra (Sal 104,30).

La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas (Gen 1,2).

Entonces Yahveh Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente (Gen 2,7).

Todos caminan hacia una misma meta; todos han salido del polvo y todos vuelven al polvo. ¿Quién sabe si el aliento de vida de los humanos asciende hacia arriba y si el aliento de vida de la bestia desciende hacia abajo, a la tierra? (Qo 3,20-21)

Yo profeticé como se me había ordenado, y el espíritu entró en ellos; revivieron y se incorporaron sobre sus pies: era un enorme, inmenso ejército (Ez 37,10).

Lo que tienen en común estos pasajes es que atribuyen la vida al soplo de Dios, a su aliento ("ruah", en hebreo; "pneuma", en griego; "spiritus", en latín).

A propósito de Gen 1,2, Juan Pablo II dice:

Este concepto bíblico de creación comporta no sólo la llamada del ser mismo del cosmos a la existencia, sino también la presencia del Espíritu de Dios en la creación, o sea, el inicio de la comunicación salvífica de Dios a las cosas que crea. Lo cual es válido ante todo para el hombre, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (Dominum et vivificantem, n. 12).

A propósito de Sal 33,6, San Ireneo ha dejado una frase famosa:

Dios ha creado el mundo con sus dos manos, el Hijo y el Espíritu (Contra las herejías, 4,4,4).

Esto nos recuerda un principio básico de la teología: que todas las obras *ad extra* de Dios son comunes a las tres divinas personas. La creación la realizan las tres, aunque por simplificación la atribuyamos al Padre; la redención la realizan las tres, aunque la atribuyamos al Hijo; la obra de nuestra santificación personal la realizan las tres, aunque la atribuyamos al Espíritu Santo. Lo cierto es que la fe cristiana, cuanto más profundiza en la sabiduría y bondad de Dios, sabe ver el modo peculiar de presencia de cada una de las tres divinas Personas en cada una de sus obras comunes. Es la orden fontal del Padre la que llama a los seres a su existencia; es la Palabra el modelo o causa ejemplar de todas las perfecciones de los seres creados; es el poder vivificante del Espíritu el que las mantiene en su existencia en cuanto que la existencia misma es un bien. La teología llega a una fórmula concisa de la acción trinitaria en el acto creador: Dios Padre crea, por medio de la Palabra, con la fuerza de su Espíritu.

704 "En cuanto al hombre, es con sus propias manos [es decir, el Hijo y el Espíritu Santo] como Dios lo hizo ... y él dibujó sobre la carne moldeada su propia forma, de modo que incluso lo que fuese visible llevase la forma divina" (San Ireneo, dem. 11).

El Espíritu de la promesa

705 Desfigurado por el pecado y por la muerte, el hombre continua siendo "a imagen de Dios", a imagen del Hijo, pero "privado de la Gloria de Dios" (Rm 3, 23), privado de la "semejanza". La Promesa hecha a Abraham inaugura la Economía de la Salvación, al final de la cual el Hijo mismo asumirá "la imagen" (cf. Jn 1, 14; Flp 2, 7) y la restaurará en "la semejanza" con el Padre volviéndole a dar la Gloria, el Espíritu "que da la Vida".

Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios (Rom 3,23)

En este breve versículo describe San Pablo la situación de la humanidad entera -judíos y gentiles- después del pecado original. Hay que entenderla de este modo: ***Todos pecaron, es decir, están privados de la gloria de Dios.*** El ser humano, al carecer de la vida de la gracia no está orientado al fin sobrenatural, se encuentra privado del derecho a la gloria que la gracia santificante confiere y por consiguiente no se manifiestan en él aquellas perfecciones divinas que se reflejan en la vida sobrenatural. Ahora bien, la pérdida de la gracia no destruye la condición humana del hombre ni, por tanto, la imagen divina que hay en él. El pecado original privó al hombre de la gracia sobrenatural y de algunos dones preternaturales; pero no de la razón, que puede conocer de manera natural a Dios, ni del libre albedrío, por el que puede hacer obras buenas, aunque no sean sobrenaturalmente meritorias.

Pues bien, en la medida en que el ser humano pecador conserva la imagen de Dios, conserva también la huella del Espíritu Santo. Y precisamente porque la humanidad caída conserva la imagen de Dios, puede el Hijo de Dios hacerse hombre.

706 Contra toda esperanza humana, Dios promete a Abraham una descendencia, como fruto de la fe y del poder del Espíritu Santo (cf. Gn 18, 1-15; Lc 1, 26-38. 54-55; Jn 1, 12-13; Rm 4, 16-21). En ella serán bendecidas todas las naciones de la tierra (cf. Gn 12, 3). Esta descendencia será Cristo (cf. Ga 3, 16) en quien la efusión del Espíritu Santo formará "la unidad de los hijos de Dios dispersos" (cf. Jn 11, 52). Comprometiéndose con juramento (cf. Lc 1, 73), Dios se obliga ya al don de su Hijo Amado (cf. Gn 22, 17-19; Rm 8, 32; Jn 3, 16) y al don del "Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda ... para redención del Pueblo de su posesión" (Ef 1, 13-14; cf. Ga 3, 14).

La promesa de Dios a Abrahán está contenida en los siguientes pasajes:

Y sacándole afuera, le dijo: «Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas.» Y le dijo: «Así será tu descendencia.» Y creyó él en Yahveh, el cual se lo reputó por justicia (Gen 15,5-6).

Pero para que comenzara a cumplirse la promesa de una incontable descendencia, tenía, en primer lugar, que tener un hijo:

Dijo entonces Yavé: «Volveré sin falta a ti pasado el tiempo de un embarazo, y para entonces tu mujer Sara tendrá un hijo.» (Gen 18,10).

Esta promesa de Dios a Abrahán inaugura la historia de las promesas vinculadas al pueblo de Israel. Merece la pena la explicación que da San Pablo:

Por eso depende de la fe, para ser favor gratuito, a fin de que la Promesa quede asegurada para toda la posteridad, no tan sólo para los de la ley, sino también para los de la fe de Abraham, padre de todos nosotros, como dice la Escritura: Te he constituido padre de muchas naciones: padre nuestro delante de Aquel a quien creyó, de Dios que da la vida a los muertos y llama a las cosas que no son para que sean. El cual, esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones según le había sido dicho: Así será tu posteridad. No vaciló en su fe al considerar su cuerpo ya sin vigor - tenía unos cien años - y el seno de Sara, igualmente estéril. Por el contrario, ante la promesa divina, no cedió a la duda con incredulidad; más bien, fortalecido en su fe, dio gloria a Dios, con el pleno convencimiento de que poderoso es Dios para cumplir lo prometido (Rom 4,16-21).

Lo que se está ventilando con estos argumentos es de mucha importancia. En efecto, San Pablo se encara con los judíos, que, orgullosos, pretenden que la salvación proviene de ser el pueblo elegido, es decir, de la alianza con Moisés; que se salvan los que cumplen la Ley. San Pablo replica que la promesa es anterior a la Ley, como Abrahán es anterior a Moisés, y que lo que salva no es el cumplimiento de los preceptos de la ley, sino una fe como la de Abrahán.

Y dijo: «Por mí mismo juro, oráculo de Yahveh, que por haber hecho esto, por no haberme negado tu hijo, tu único, yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré muchísimo tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa, y se adueñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos. Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra, en pago de haber obedecido tú mi voz.» (Gen 22,16-18).

En este pasaje, que sigue al afortunadamente frustrado sacrificio de Isaac, Yavé reitera su promesa con un juramento. Con la luz del Nuevo Testamento sabemos que esa **descendencia** no es un pueblo o raza, sino un sujeto personal: Jesucristo, como dice San Pablo:

Pues bien, las promesas fueron dirigidas a Abraham y a su descendencia. No dice: «y a los descendientes», como si fueran muchos, sino a uno solo, a tu descendencia, es decir, a Cristo (Gal 3,16).

El **juramento** de Dios a Abrahán, después de la prueba de fe a que éste fue sometido, es lo que recuerda Zacarías en su cántico:

Y el juramento que juró a Abraham nuestro padre (Lc 1,73)

Este juramento de Dios es tan serio, que el Padre no se retractará de él, sino que consentirá en que se cumpla con todas sus consecuencias:

Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna (Jn 3,16).

La seriedad del juramento es tal, que San Pablo, para reforzar la esperanza de los cristianos de Roma les dice:

El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas? (Rom 8,32).

Pues bien, esta promesa, hecha a Abrahán, mantenida de generación en generación y cruentamente cumplida en la pasión de Cristo, es una promesa hecha por el Padre en su Espíritu:

Fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia, para redención del Pueblo de su posesión, para alabanza de su gloria (Ef 1,13b-14).

En las Teofanías y en la Ley

707	Las Teofanías [manifestaciones de Dios] iluminan el camino de la Promesa, desde los Patriarcas a Moisés y desde Josué hasta las visiones que inauguran la misión de los grandes profetas. La tradición cristiana siempre ha reconocido que, en estas Teofanías, el Verbo de Dios se dejaba ver y oír, a la vez revelado y "cubierto" por la nube del Espíritu Santo.
-----	--

Desde la época de los Patriarcas (Abrahán, Isaac, Jacob) hasta los últimos caudillos de Israel, el Espíritu de Dios, según los autores sagrados, *actúa sobre los jefes* haciendo que ellos no sólo obren en nombre de Dios, sino también que con su acción *sirvan de verdad al cumplimiento de los planes divinos*, y por lo tanto miren no tanto a la construcción y al engrandecimiento de su propio poder personal o dinástico según la perspectiva de una concepción monárquica o aristocrática, sino al bien del pueblo. También en este sentido, la historia del primer Israel deja perplejos a los historiadores profanos: sorprende que entre los reinos e imperios circundantes de aquellos siglos, caracterizados por la opresión de los súbditos, haya un pueblo que, en lugar de sentirse sojuzgado por sus gobernantes, vea en ellos la fuerza de Dios.

Ya, por ejemplo, ante la prudencia de José, el faraón exclama ante sus ministros:

¿Acaso se encontrará otro como éste que tenga el espíritu de Dios? (Gen 41,38).

Porque el espíritu de Dios hace a José capaz de administrar el país y de realizar una extraordinaria gestión que salvará a todo un inmenso país del hambre venidera.

En el caso de Moisés, resulta enternecedora su queja a Yavé:

Me siento incapaz de llevar el peso de todo este pueblo (Num 11,14).

A lo que Yavé responde descargándole de la responsabilidad de ser el único guardián del pueblo:

Tomaré parte del espíritu que hay en ti y lo pondré en ellos (los setenta varones), para que lleven contigo la carga del pueblo y no la tengas que llevar tú solo (Num 11,17).

Cuando, al fin de su vida, Moisés deba preocuparse de dejar un jefe en la comunidad, para que no quede como un rebaño sin pastor, el Señor le señala a Josué, **hombre en quien está el espíritu** (Num 27,17-18), y Moisés le impone su mano a fin de que también él esté **lleno del espíritu de sabiduría** (Dt 34,9).

En la época de los Jueces, es continua la referencia a que son guiados por el espíritu de Yavé:

El espíritu de Yahveh revistió a Gedeón (Jue 6,34).

El espíritu de Yahveh vino sobre Jefté (Jue 11,29).

El espíritu de Yahveh comenzó a agitar a Sansón (Jue 13,25).

Es el Espíritu de Dios quien en todos los casos otorga fuerza extraordinaria, valor para tomar decisiones, a veces habilidad estratégica, por las que el hombre se vuelve capaz de realizar la misión que se le ha encomendado para la liberación y la guía del pueblo.

708	Esta pedagogía de Dios aparece especialmente en el don de la Ley (cf. Ex 19-20; Dt 1-11; 29-30), que fue dada como un "pedagogo" para conducir al Pueblo hacia Cristo (Ga 3, 24). Pero su impotencia para salvar al hombre privado de la "semejanza" divina y el conocimiento creciente que ella da del pecado (cf. Rm 3, 20) suscitan el deseo del Espíritu Santo. Los gemidos de los Salmos lo atestiguan.
-----	--

Ya que nadie será justificado ante él por las obras de la ley, pues la ley no da sino el conocimiento del pecado (Rom 3,20).

El drama de la Ley de Moisés era que manifestaba la voluntad de Dios pero no daba fuerza para cumplirla. Al conocer la ley se llega al **conocimiento del pecado**. Merece la pena que nos detengamos en unos versículos del salmo 51:

***Crea en mí, oh Dios, un puro corazón,
un espíritu firme dentro de mí renueva;
no me rechaces lejos de tu rostro,
no retires de mí tu santo espíritu.
Vuélveme la alegría de tu salvación,
y en espíritu generoso afiánzame
(Sal 51,12-14).***

El rey David pide **un espíritu firme**, o sea, la inserción de la fuerza de Dios en el espíritu del hombre, librado de la debilidad moral experimentada y manifestada en el pecado. Esta fuerza, esta firmeza, puede venir sólo de la presencia operante del espíritu de Dios, y por eso el salmista implora: **no retires de mí tu santo espíritu**. Es la única vez que en los salmos se encuentra la expresión **el espíritu santo de Dios**. En la Biblia hebrea se usa sólo en el texto de Isaías en que, meditando en la historia de Israel, lamenta la rebelión contra Dios por la que ellos **contristaron a su espíritu santo** (Is 63,11). El salmista ya tiene conciencia de la presencia íntima del espíritu de Dios como fuente permanente de santidad, y por eso suplica: **No retires de mí**. Al poner esa petición juntamente con la otra, **no me rechaces lejos de tu rostro**, el salmista quiere dar a entender su convicción de que la posesión del espíritu santo de Dios está vinculada a la presencia divina en lo íntimo de su ser. La verdadera desgracia sería quedar privado de esta presencia. Si el espíritu santo permanece en él, el hombre está en una relación con Dios ya no sólo de "cara a cara", como aunte un rostro que se contempla, sino que posee en sí una fuerza divina que anima su comportamiento (JUAN PABLO II. Catequesis sobre el Espíritu Santo, 21-II-1990).

En el Reino y en el Exilio

709 La Ley, signo de la Promesa y de la Alianza, habría debido regir el corazón y las instituciones del Pueblo salido de la fe de Abraham. "Si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, ... seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa" (Ex 19,5-6; cf. 1 P 2, 9). Pero, después de David, Israel sucumbe a la tentación de convertirse en un reino como las demás naciones. Pues bien, el Reino objeto de la promesa hecha a David (cf. 2 S 7; Sal 89; Lc 1, 32-33) será obra del Espíritu Santo; pertenecerá a los pobres según el Espíritu.

En la siguiente etapa, la de la monarquía de Israel, la presencia del espíritu de Dios en los reyes es, si cabe, más explícita. Así, Samuel, después de haber ungido a Saúl y haberle anunciado la visita de un grupo de profetas, le dice:

Te invadirá entonces el espíritu de Yahveh, entrarás en trance con ellos y quedarás cambiado en otro hombre (1 Sam 10,6).

Yo seré para él padre y él será para mí hijo. Si hace mal, le castigaré con vara de hombres y con golpes de hombres, pero no apartaré de él mi amor, como lo aparté de Saúl a quien quité de delante de mí. Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante mí; tu trono estará firme, eternamente (2 Sam 7,14-16).

Comparando estos dos pasajes podemos extraer varias consideraciones. La primera es que es el mismo Yavé el que infunde y retira su espíritu a los reyes. Así lo hizo con Saúl. La segunda es que ese reinado de Yavé en el mundo será eterno (**tu casa y tu reino permanecerán para siempre**). El reinado de David y sus descendientes no será sólo una etapa en la historia del pueblo elegido, sino una figura o metáfora del Reino de Dios. Merece la pena repasar algunos versículos del salmo 89:

*Una alianza pacté con mi elegido,
un juramento hice a mi siervo David:
Para siempre jamás he fundado tu estirpe,
de edad en edad he erigido tu trono (vv 4 y 5).*

*He encontrado a David mi servidor,
con mi óleo santo le he ungido;
mi mano será firme para él,
y mi brazo le hará fuerte (vv 21 y 22)*

*Le guardaré mi amor por siempre,
y mi alianza será leal con él;
estableceré su estirpe para siempre,
y su trono como los días de los cielos (vv 29 y 30).*

Estas promesas, conocidas de sobra por todos los israelitas, forman parte del anuncio de San Gabriel a la Virgen María:

El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin (Lc 1,32-33).

En la vida pública de Jesús, en sus enseñanzas a los discípulos y disputas con los judíos, habrá siempre una tensión latente entre la concepción espiritual del Reino que predica Él. y el mesianismo terreno que alientan ellos.

710 El olvido de la Ley y la infidelidad a la Alianza llevan a la muerte: el Exilio, aparente fracaso de las Promesas, es en realidad fidelidad misteriosa del Dios Salvador y comienzo de una restauración prometida, pero según el Espíritu. Era necesario que el Pueblo de Dios sufriese esta purificación (cf. Lc 24, 26); el Exilio lleva ya la sombra de la Cruz en el Designio de Dios, y el Resto de pobres que vuelven del Exilio es una de la figuras más transparentes de la Iglesia.

Nosotros hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos sido malos, no hemos rebelado y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus normas. No hemos escuchado a tus siervos los profetas que en tu nombre hablaban a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres, a todo el pueblo de la tierra. A ti, Señor, la justicia, a nosotros la vergüenza en el rostro, como sucede en este día, a nosotros, a los hombres de Judá, a los habitantes de Jerusalén y a Israel entero, próximos y lejanos, en todos los países donde tú los dispersaste a causa de las infidelidades que cometieron contra ti (Dan 9,5-7).

Lo que para el pueblo de Israel fue un fracaso rotundo -que el pueblo elegido fuera exiliado, Jerusalén arrasada, el Templo destruido- vino a ser una purificación. El Espíritu Santo, por medio de los profetas, abrió en Israel una nueva etapa de más espiritualidad. Al regreso de Babilonia, y curados -temporalmente sólo- de su orgullo nacionalista, el Pueblo elegido volvió a la observancia de la Ley de Moisés.

Al mismo tiempo, el exilio mismo es figura de la Pasión de Cristo:

Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó. El les dijo: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria? (Lc 24,21.25-26).

Esta es la respuesta que nuestro Señor da a los desalentados discípulos de Emaús, que habían visto venirse abajo todas sus ilusiones mesiánicas

La espera del Mesías y de su Espíritu

711 "He aquí que yo lo renuevo"(Is 43, 19): dos líneas proféticas se van a perfilar, una se refiere a la espera del Mesías, la otra al anuncio de un Espíritu nuevo, y las dos convergen en el pequeño Resto, el pueblo de los Pobres (cf. So 2, 3), que aguardan en la esperanza la "consolación de Israel" y "la redención de Jerusalén" (cf. Lc 2, 25. 38).
Ya se ha dicho cómo Jesús cumple las profecías que a él se refieren. A continuación se describen aquellas en que aparece sobre todo la relación del Mesías y de su Espíritu.

Buscad a Yahveh, vosotros todos, humildes de la tierra, que cumplís sus normas; buscad la justicia, buscad la humildad; quizá encontréis cobijo el Día de la cólera de Yahveh (Sof 2,3)

El primero de estos textos se refiere a los pobres de Israel, los que por no tener ningún poder ni relevancia social, fueron ignorados por los conquistadores y no sufrieron el exilio, sino que fueron abandonados en Palestina. Estos "pobres de Yavé" se convierten en un talante, en una manera de vivir la esperanza en el Mesías. A ellos pertenecen los personajes de Simeón y Ana, a los que se refiere San Lucas en el episodio de la presentación de Jesús en el Templo.

Y he aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón; este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu

Santo (...) Como se presentase en aquella misma hora, alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén (Lc 2,25.38).

- 712 Los rasgos del rostro del Mesías esperado comienzan a aparecer en el Libro del Emmanuel (cf. Is 6, 12) ("cuando Isaías tuvo la visión de la Gloria" de Cristo: Jn 12, 41), en particular en Is 11, 1-2:
Saldrá un vástago del tronco de Jesé,
y un retoño de sus raíces brotará.
Reposará sobre él el Espíritu del Señor:
espíritu de sabiduría e inteligencia,
espíritu de consejo y de fortaleza,
espíritu de ciencia y temor del Señor.

Dentro del libro del profeta Isaías hay una sección llamada el "Libro del Emmanuel", que comprende los capítulos 6 al 12. Más en concreto, el capítulo 11 es un poema mesiánico que concreta algunos rasgos esenciales del Mesías: será del linaje de David **Saldrá un vástago del tronco de Jesé** (v. 1); será lleno del espíritu profético: **Reposará sobre él el Espíritu del Señor** (v. 2); hará que reine entre los hombres la justicia, reflejo de la santidad de Yavé (vv 3 y 4) y restablecerá la paz del paraíso perdido (vv 6 al 9). Se trata de una de las páginas más hermosas de la Sagrada Escritura. Vale la pena estudiarla con detenimiento:

*Juzgará con justicia a los débiles,
y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra.
Herirá al hombre cruel con la vara de su boca,
con el soplo de sus labios matará al malvado.
Justicia será el ceñidor de su cintura,
verdad el cinturón de sus flancos.
Serán vecinos el lobo y el cordero,
y el leopardo se echará con el cabrito,
el novillo y el cachorro pacerán juntos,
y un niño pequeño los conducirá.
La vaca y la osa pacerán,
juntas acostarán sus crías,
el león, como los bueyes, comerá paja.
Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid,
y en la hura de la víbora
el recién destetado meterá la mano.
Nadie hará daño, nadie hará mal
en todo mi santo Monte,
porque la tierra estará llena de conocimiento de Yahveh,
como cubren las aguas el mar (Is 11,3-9)*

- 713 Los rasgos del Mesías se revelan sobre todo en los Cantos del Siervo (cf. Is 42, 1-9; cf. Mt 12, 18-21; Jn 1, 32-34; después Is 49, 1-6; cf. Mt 3, 17; Lc 2, 32, y en fin Is 50, 4-10 y 52, 13-53, 12). Estos cantos anuncian el sentido de la Pasión de Jesús, e indican así cómo enviará el Espíritu Santo para vivificar a la multitud: no desde fuera, sino desposándose con nuestra "condición de esclavos" (Flp 2, 7). Tomando sobre sí nuestra muerte, puede comunicarnos su propio Espíritu de vida.

Los cuatro "Cantos del Siervo" están en los capítulos 42, 49, 50 y 52-53 respectivamente de Isaías. Vamos a leer en ellos solamente los versículos en los que hay referencia al Espíritu Santo:

He aquí mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él: dictará ley a las naciones (Is 42,1).

El Señor Yahveh me ha dado lengua de discípulo, para que haga saber al cansado una palabra alentadora. Mañana tras mañana despierta mi oído, para escuchar como los discípulos; el Señor Yahveh me ha abierto el oído. Y yo no me resistí, ni me hice atrás (Is 50,4-5).

Con referencia a la enumeración de los dones espirituales que recibe el Mesías (Is 11,1-2), la estudiaremos más adelante, pues la Iglesia siempre ha visto en ella la lista de los "Dones del Espíritu Santo.

714 Por eso Cristo inaugura el anuncio de la Buena Nueva haciendo suyo este pasaje de Isaías (Lc 4, 18-19; cf. Is 61, 1-2):
El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido.
Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva,
a proclamar la liberación a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor.

Este pasaje es famoso porque lo escogió Jesús para manifestar su misión

Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy.» (Lc 4,20-21).

El profeta Isaías habla de sí mismo como ungido por el Espíritu santo para anunciar el retorno del pueblo de la cautividad. Todo el capítulo 61 de Isaías es un anuncio de consuelo para el pueblo exiliado. El hecho de que Jesús se lo apropie revela su carácter profético: de este modo, el exilio es figura de la futura Iglesia peregrina a lo largo de la historia y el regreso a la patria se convierte en figura de la salvación eterna.

Asimismo, la última frase de este fragmento (***proclamar un año de gracia del Señor***) pone fundamento a la institución de los años jubilares, que, al regreso del exilio, comenzaron a celebrarse cada cincuenta años (siete semanas de años). El jubileo pasó a ser una institución en la Iglesia después de que, perdida Jerusalén por los cristianos, Roma se convirtiera en el destino de los peregrinos, atraídos a la Ciudad por las indulgencias que cada cincuenta años se concedían.

715 Los textos proféticos que se refieren directamente al envío del Espíritu Santo son oráculos en los que Dios habla al corazón de su Pueblo en el lenguaje de la Promesa, con los acentos del "amor y de la fidelidad" (cf. Ez. 11, 19; 36, 25-28; 37, 1-14; Jr 31, 31-34; y Jl 3, 1-5, cuyo cumplimiento proclamará San Pedro la mañana de Pentecostés, cf. Hch 2, 17-21). Según estas promesas, en los "últimos tiempos", el Espíritu del Señor renovará el corazón de los hombres grabando en ellos una Ley nueva; reunirá y reconciliará a los pueblos dispersos y divididos; transformará la primera creación y Dios habitará en ella con los hombres en la paz.

Pero en el Antiguo Testamento no hay sólo profecías sobre la unción con el Espíritu Santo del Mesías, sino profecías propiamente pneumatológicas:

Yo les daré un solo corazón y pondré en ellos un espíritu nuevo: quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne (Ez 11,19).

Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras impurezas y de todas vuestras basuras os purificaré. Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en

vosotros y haré que os conduzcáis según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas (Ez 36, 25-27).

En estos dos pasajes, el profeta Ezequiel revela la santidad de Dios, profanada por los pecados del pueblo elegido, especialmente por la idolatría. Anuncia también que reunirá de nuevo a Israel purificándolo de toda mancha.

He aquí que días vienen - oráculo de Yahveh - en que yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva alianza; no como la alianza que pacté con sus padres, cuando les tomé de la mano para sacarles de Egipto; que ellos rompieron mi alianza, y yo hice estrago en ellos - oráculo de Yahveh -. Sino que esta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel, después de aquellos días - oráculo de Yahveh -: pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo (Jer 31,31-33).

El profeta Jeremías anuncia que la nueva alianza que Dios realizará será de una índole diferente a la primera. Será una alianza escrita no en tablas de piedra, sino espiritual, escrita en los corazones. De esta manera, el “dedo de Dios”, que grabó las tablas de la Ley en el Sinaí, viene a ser *figura* de la efusión del Espíritu Santo el día de Pentecostés.

También el *contexto* de aquella alianza mosaica se convierte en figura de la nueva alianza. Efectivamente, si aquella estaba vinculada con la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto, la Nueva Alianza, en el Espíritu de Cristo, está vinculada con la liberación del pecado y de la muerte.

«Sucederá después de esto que yo derramaré mi Espíritu en toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Hasta en los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días (Jl 3,1-2).

Este texto tiene importancia porque San Pedro aludirá a él en el primer discurso de Pentecostés. En efecto, después de la efusión del Espíritu Santo, los apóstoles comienzan a hablar de manera inteligible para todos los concurrentes, de las lenguas más dispares. Este prodigio -don de lenguas, glosolalia- provoca la admiración de la muchedumbre, pero también la ironía de otros: ***Están llenos de mosto*** (He 2,13). San Pedro reacciona diciendo: ***No están éstos borrachos, como vosotros suponéis, pues es la hora tercia del día, sino que es lo que dijo el profeta*** (He 2,15-16). Y para justificarse cita el mencionado texto del profeta Joel: ***Vuestros hijos e hijas profetizarán...***

716 El Pueblo de los "pobres" (cf. So 2, 3; Sal 22, 27; 34, 3; Is 49, 13; 61, 1; etc.), los humildes y los mansos, totalmente entregados a los designios misteriosos de Dios, los que esperan la justicia, no de los hombres sino del Mesías, todo esto es, finalmente, la gran obra de la Misión escondida del Espíritu Santo durante el tiempo de las Promesas para preparar la venida de Cristo. Esta es la calidad de corazón del Pueblo, purificado e iluminado por el Espíritu, que se expresa en los Salmos. En estos pobres, el Espíritu prepara para el Señor "un pueblo bien dispuesto" (cf. Lc 1, 17).

Buscad a Yahveh, vosotros todos, humildes de la tierra, que cumplís sus normas; buscad la justicia, buscad la humildad; quizá encontréis cobijo el Día de la cólera de Yahveh (Sof 2,3).

En el Antiguo Testamento, la pobreza es considerada, en general, como una desgracia; mientras que el enriquecimiento representa una prueba de la benevolencia divina. En los libros sapienciales es presentada como consecuencia de la pereza (Cfr. Prov 10,4). En los profetas después del Exilio, los pobres son, sobre todo, los oprimidos. Pobre y humilde son la misma

expresión hebrea: *anawim*. Más adelante, son los desinteresados. Éstos son los destinatarios de la primera bienaventuranzas.

Los pobres comerán, quedarán hartos, los que buscan a Yahveh le alabarán: «¡Viva por siempre vuestro corazón!» (Sal 22,27).

En Yahveh mi alma se gloria, ¡ójiganlo los humildes y se alegren! (Sal 34,3).

¡Aclamad, cielos, y exulta, tierra! Prorrumpen los montes en gritos de alegría, pues Yahveh ha consolado a su pueblo, y de sus pobres se ha compadecido (Is 49,13).

A estos pobre es a los que será enviado el Mesías, que se presentará como modelo de mansedumbre y humildad: ***Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Lc 4,18).*** Efectivamente, el Mesías, se presentará, en el que podía haber sido su momento más triunfal, humanamente hablando, como uno de los “pobres de Yavé”:

¡Exulta sin freno, hija de Sión, grita de alegría, hija de Jerusalén! He aquí que viene a ti tu rey: justo él y victorioso, humilde y montado en un asno, en un pollino, cría de asna (Zac 9,9).

El espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahveh. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad (Is 61,1).

4. EL ESPIRITU DE CRISTO EN LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

Juan, Precursor, Profeta y Bautista

717 "Hubo un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan. (Jn 1, 6). Juan fue "lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre" (Lc 1, 15. 41) por obra del mismo Cristo que la Virgen María acababa de concebir del Espíritu Santo. La "visitación" de María a Isabel se convirtió así en "visita de Dios a su pueblo" (Lc 1, 68).

Porque será grande ante el Señor; no beberá vino ni licor; estará lleno de Espíritu Santo ya desde el seno de su madre (Lc 1,15).

Este pasaje ofrece una continuidad con la tradición del Antiguo Testamento de hombres consagrados antes de su nacimiento: Sansón (Jue 16,17; Jeremías (Jer 1,5), el Siervo de Yavé (Is 49,1.5). El sentido de esta unción previa al nacimiento es que se trata de una disposición netamente divina.

Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo (Lc 1,41).

Este versículo explica el v. 15: Juan será consagrado antes de nacer por la cercanía de la que lleva en su seno al Ungido por excelencia. Desde el seno de María, Jesús consagra con su propio Espíritu al que será temporalmente antes su Precursor. Ante estas maravillas, cuando, tras nacer su hijo Juan, Zacarías recobra el habla, lo primero que hace es alabar al Señor, *porque Dios ha visitado a su pueblo (Lc 1,68).*

718 Juan es "Elías que debe venir" (Mt 17, 10-13): El fuego del Espíritu lo habita y le hace correr delante [como "precursor"] del Señor que viene. En Juan el Precursor, el Espíritu Santo culmina la obra de "preparar al Señor un pueblo bien dispuesto" (Lc 1, 17).

Sus discípulos le preguntaron: «¿Por qué, pues, dicen los escribas que Elías debe venir primero?» Respondió él: «Ciertamente, Elías ha de venir a restaurarlo todo. Os digo, sin embargo: Elías vino ya, pero no le reconocieron sino que hicieron con él cuanto quisieron. Así también el Hijo del hombre tendrá que padecer de parte de ellos.» Entonces los discípulos comprendieron que se refería a Juan el Bautista (Mt 17,10-13).

En Malaquías 3,23 se habla de la venida del profeta Elías antes de la llegada del *día del Señor, grande y terrible*, el día del Juicio. Al decir Jesús que Elías ya ha venido se refiere a San Juan Bautista, que llevó a cabo la misión de preparar la primera venida del Señor, de modo semejante a como Elías tendrá una misión en la venida definitiva de Cristo. Los escribas no habían entendido el sentido de la profecía de Malaquías: pensaban que se refería, sin más a la venida del Mesías, a la primera venida de Cristo.

719 Juan es "más que un profeta" (Lc 7, 26). En él, el Espíritu Santo consuma el "hablar por los profetas". Juan termina el ciclo de los profetas inaugurado por Elías (cf. Mt 11, 13-14). Anuncia la inminencia de la consolación de Israel, es la "voz" del Consolador que llega (Jn 1, 23; cf. Is 40, 1-3). Como lo hará el Espíritu de Verdad, "vino como testigo para dar testimonio de la luz" (Jn 1, 7;cf. Jn 15, 26; 5, 33). Con respecto a Juan, el Espíritu colma así

las "indagaciones de los profetas" y la ansiedad de los ángeles (1 P 1, 10-12): "Aquél sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo ... Y yo lo he visto y doy testimonio de que este es el Hijo de Dios ... He ahí el Cordero de Dios" (Jn 1, 33-36).

Dijo él: «Yo soy voz del que clama en el desierto: Rectificad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías.» (Jn 1,23).

En un ambiente de intensa expectación mesiánica, el Bautista aparece como una figura rodeada de un prestigio extraordinario; prueba de ello es que las autoridades judías envían personajes cualificados (sacerdotes y levitas de Jerusalén) a preguntarle si él es el Mesías. La respuesta de Juan en una referencia al profeta Isaías:

Una voz clama: «En el desierto abrid camino a Yahveh, trazad en la estepa una calzada recta a nuestro Dios (Is 40,3).

La diferencia entre la expresión "una voz que clama en el desierto", y "Una voz clama: en el desierto...", se debe a que San Juan -y los otros evangelistas- utilizan la traducción griega, y no la versión original hebrea del pasaje de Isaías. En el texto original de Isaías, la expresión **una voz clama** se refiere a un personaje anónimo que anuncia un nuevo éxodo por un nuevo desierto que lleva a una nueva liberación. Los evangelistas no dudan de adjudicar a Juan Bautista el papel de profeta de la Nueva Alianza.

La expresión **calzada recta** es común a lenguas y culturas. Ya hay indicios en textos babilónicos. La diferencia entre caminos y **calzadas reales** es que aquellos se acomodan a las variaciones y desniveles del terreno, mientras que éstas las vencen, alterando el paisaje: los barrancos son rellenados o salvados por viaductos; las colinas son cortadas para nivelar la ruta.

Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan. Este vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz (Jn 1,6-8).

La misión de San Juan Bautista como testigo de Jesucristo es tan importante que no sólo San Juan, sino también los Evangelios Sinópticos comienzan la narración del ministerio público de Jesús por ese testimonio del Bautista. Los discursos de San Pedro y los de San Pablo, recogidos en el Hechos de los Apóstoles, también aluden al testimonio de Juan (He 1,22; 10,37; 12,24). Sabemos, además, que el apóstol San Juan había sido discípulo del Bautista antes de serlo del Señor, y que precisamente el Bautista fue quien le había encaminado hacia Cristo (Jn 1,37ss).

La importancia de San Juan Bautista para el cristianismo es precisamente esta: ser el lazo de unión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento; entre el Pueblo de Dios descendiente de Abrahán y el nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia de Jesucristo. Para los judíos contemporáneos de Jesús, el Bautista tenía haber sido precisamente eso: el que **señala** al Mesías, haciendo converger en Jesús de Nazaret todas las profecías en las que ellos tenían puesta su esperanza.

Y yo no le conocía pero el que me envió a bautizar con agua, me dijo: "Aquél sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo." Y yo le he visto y doy testimonio de que éste es el Elegido de Dios.» Al día siguiente, Juan se encontraba de nuevo allí con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba, dice: «He ahí el Cordero de Dios.» (Jn 1,33-36).

San Juan Bautista pone de manifiesto la gran diferencia entre su bautismo y el de Cristo. El suyo no pasa de ser un gesto **humano** de purificación, común en muchas religiones, mientras que el bautismo **con Espíritu Santo** es una acción **divina**.

Conocemos, en efecto muchas religiones en las que se practica ritos de purificación moral simbolizados con baños de agua. Entre los judíos, como entre todos los pueblos semitas, las abluciones eran comunes, no sólo por higiene fisiológica, sino también como signos del deseo interior de pureza religiosa. La unidad psicosomática que constituye al mismo ser humano

parece reclamar esos signos: limpieza corporal representa limpieza espiritual (*mens sana in corpore sano*).

Más adelante, en el capítulo 3, en la conversación de Jesús con Nicodemo, el evangelista Juan hablará de este nuevo Bautismo en el agua y en el Espíritu.

720 En fin, con Juan Bautista, el Espíritu Santo, inaugura, prefigurándolo, lo que realizará con y en Cristo: volver a dar al hombre la "semejanza" divina. El bautismo de Juan era para el arrepentimiento, el del agua y del Espíritu será un nuevo nacimiento (cf. Jn 3, 5).

Respondió Jesús: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. No te asombres de que te haya dicho: Tenéis que nacer de lo alto El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu.» (Jn 3,5-7).

Jesús subraya con fuerza la nueva condición del hombre: ya no se trata de nacer de la carne, del linaje de Abrahán, sino de renacer por obra del Espíritu Santo, por medio del agua. El Señor habla aquí por primera vez del Bautismo cristiano, confirmando la profecía de Juan Bautista: ha venido a instituir un Bautismo en el Espíritu Santo.

San Agustín dice:

Nicodemo no saboreaba todavía ni este espíritu ni esta vida. No conoce otro nacimiento que el de Adán y Eva, e ignora el que se origina de Cristo y de la Iglesia. Sólo entiende la paternidad que engendra para la vida. Existen dos nacimientos; mas él sólo de uno tiene noticia. Uno es el de la mortalidad, otro de la eternidad; uno es de la tierra y otro es el del cielo; uno de la carne y otro del Espíritu; uno de hombre y mujer; otro de Cristo y de la Iglesia. Los dos son únicos. Ni uno ni otro se pueden repetir (In Ioann. Evang. 11,6).

El Señor habla de los efectos maravillosos que la fuerza del Espíritu Santo produce en el alma del bautizado. Así como cuando sopla el viento nos damos cuenta de su presencia, oímos su silbido, pero no sabemos de dónde surgió ni dónde terminará, así sucede también con el Espíritu Santo, que es "soplo" (*pneuma*) divino, y que se nos da en el nuevo nacimiento en el Bautismo: no se sabe por qué camino el Espíritu penetra en el corazón; pero da a conocer su presencia por el cambio en la conducta del que lo recibe.

“Alégrate, llena de gracia”

721 María, la Santísima Madre de Dios, la siempre Virgen, es la obra maestra de la Misión del Hijo y del Espíritu Santo en la Plenitud de los tiempos. Por primera vez en el designio de Salvación y porque su Espíritu la ha preparado, el Padre encuentra la Morada en donde su Hijo y su Espíritu pueden habitar entre los hombres. Por ello, los más bellos textos sobre la sabiduría, la tradición de la Iglesia los ha entendido frecuentemente con relación a María (cf. Pr 8, 1-9, 6; Si 24): María es cantada y representada en la Liturgia como el trono de la "Sabiduría". En ella comienzan a manifestarse las "maravillas de Dios", que el Espíritu va a realizar en Cristo y en la Iglesia:

***¿No está llamando la Sabiduría?
y la Prudencia, ¿no alza su voz?
En la cumbre de las colinas que hay sobre el camino,
en los cruces de sendas se detiene;***

*junto a las puertas, a la salida de la ciudad,
a la entrada de los portales, da sus voces:
«A vosotros, hombres, os llamo,
para los hijos de hombre es mi voz.
Entended, simples, la prudencia
y vosotros, necios, sed razonables.
Escuchad: voy a decir cosas importantes
y es recto cuanto sale de mis labios.
Porque verdad es el susurro de mi boca
y mis labios abominan la maldad.
Justos son todos los dichos de mi boca,
nada hay en ellos astuto ni tortuoso.
Todos están abiertos para el inteligente
y rectos para los que la ciencia han encontrado (Prov 8,1-9).*

En la Virgen María obran las tres Divinas Personas: El Padre, eligiéndola desde toda la eternidad para ser su hija predilecta; el Hijo, asumiendo de ella la condición corporal humana; el Espíritu Santo, llenándola de gracia para ser digna morada del Verbo.

722 El Espíritu Santo preparó a María con su gracia . Convenía que fuese "llena de gracia" la madre de Aquél en quien "reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente" (Col 2, 9). Ella fue concebida sin pecado, por pura gracia, como la más humilde de todas las criaturas, la más capaz de acoger el don inefable del Omnipotente. Con justa razón, el ángel Gabriel la saluda como la "Hija de Sión": "Alégrate" (cf. So 3, 14; Za 2, 14). Cuando ella lleva en sí al Hijo eterno, es la acción de gracias de todo el Pueblo de Dios, y por tanto de la Iglesia, esa acción de gracias que ella eleva en su cántico al Padre en el Espíritu Santo (cf. Lc 1, 46-55).

Recordemos lo que significa la expresión *llena de gracia*:

Esta expresión es importantísima, tanto para la piedad cristiana como para la reflexión teológica. De hecho, es el fundamento bíblico más importante del dogma de la Inmaculada Concepción.

Es un saludo inusitado, pues no tiene ningún paralelo en toda la Biblia. Los Padres de la Iglesia enseñaron que con este singular y solemne saludo se manifestaba que la Madre de Dios era asiento de todas las gracias divinas y, en consecuencia, jamás estuvo en pecado. La expresión griega que usa San Lucas es "kejaritomene", un participio pasivo, pretérito de in verbo intensivo y causal, en verbo "jaritoo" que significa "colmar de gracia divina". La traducción literal sería: "hecha *abundantemente* objeto de la gracia o benevolencia divina". Por eso, las traducciones protestantes y algunas, que dicen "agraciada", se quedan cortas.

En cuanto al saludo del ángel, *salve*, "jaire", en griego; "ave", en latín" ha dado lugar a muchas interpretaciones. Por un lado, la más literal, del verbo "jairóo", en griego, que significa alegrarse, ser feliz. Los romanos decían "ave", en este sentido, como se ve en la burla que hacen los soldados romanos a Jesús en la Pasión:

Pero lo más probable es que San Lucas utilice "jaire" en el sentido de alegría mesiánica que tiene en otros libros del Antiguo Testamento, como por ejemplo:

*¡Exulta sin freno, hija de Sión,
grita de alegría, hija de Jerusalén!
He aquí que viene a ti tu rey:
justo él y victorioso,
humilde y montado en un asno,
en un pollino, cría de asna (Zac 9,9).*

*¡Lanza gritos de gozo, hija de Sión,
lanza clamores, Israel,*

**alégrate y exulta de todo corazón,
hija de Jerusalén! (So 3,14)**

**Grita de gozo y regocíjate, hija de Sión,
pues he aquí que yo vengo a morar dentro de ti (Zac 2,14).**

Interesa considerar también el importante pasaje de Colosenses:

Porque en él habita la plenitud de la divinidad corporalmente (Col 2,9).

En autô katoikeî pân tò plérroma tês theótetos somatikôs: Es, probablemente, la formulación más contundente de la divinidad de Jesucristo que se pueda encontrar en toda la Biblia. El verbo *katoikeî*, expresa un modo estable de vivir o habitar. La palabra *plérroma* indica totalidad, exhaustividad. La palabra *theótetos* puede traducirse por divinidad o deidad. El adverbio *somatikôs* significa “corporalmente”. En términos más comprensibles lo explica un sermón de San Juan de Ávila:

Quiere decir que Dios no mora en Él por vía de gracia, como en los santos -ángeles y hombres-, mas por otra manera de más tomo y valor, que es por vía de la unión personal (*Audi filia*, cap 84).

723 En María el Espíritu Santo realiza el designio benevolente del Padre. La Virgen concibe y da a luz al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo. Su virginidad se convierte en fecundidad única por medio del poder del Espíritu y de la fe (cf. Lc 1, 26-38; Rm 4, 18-21; Ga 4, 26-28).

En este número se afirma que la Encarnación del Verbo es obra del Espíritu Santo

El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios (Lc 1,35).

Resuena en este texto un eco del antiguo *el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas* (Gen 1,2), con el que da comienzo la Creación. Una vez más vemos que el Espíritu Santo es, en la Santísima Trinidad, la Persona-fuerza, la Persona-vida. El paralelismo reiterativo entre *el Espíritu Santo vendrá* y *el poder del Altísimo te cubrirá* lo confirma.

El poder del Espíritu Santo viene a sustituir la fecundidad corporal por una fecundidad superior, la fecundidad virginal, que da un **fruto bendito de tu vientre** (Lc 1,42). La Virgen María descubre en el anuncio del ángel el verdadero sentido de su decisión de permanecer virgen, una decisión vivida hasta entonces como disponibilidad, pero sin saber para qué.

Pero la Jerusalén de arriba es libre; ésa es nuestra madre, pues dice la Escritura: Regocíjate estéril, la que no das hijos; rompe en gritos de júbilo, la que no conoces los dolores de parto, que más son los hijos de la abandonada que los de la casada. Y vosotros, hermanos, a la manera de Isaac, sois hijos de la Promesa (Ga 4,26-28).

Con esta cita de San Pablo, que introduce un doble paralelismo antitético, se construye de manera admirable toda una teología espiritual de la *virginidad consagrada*. El paralelismo podría expresarse de esta manera:

Sara - la estéril - la libre - los hijos de la promesa
Agar - la fecunda - la esclava - los hijos de la abandonada.

Pues bien, así como de la esterilidad de Isabel y de la virginidad consagrada de María nació la fecundidad del cristianismo, Juan el Bautista y Jesucristo. Así de la esterilidad biológica que produce la virginidad o el celibato consagrados, nacen una mayor disponibilidad para el servicio del Reino de Dios. Merece la pena observar que la moral cristiana nunca ha considerado que la castidad sea una renuncia -y mucho menos un desprecio- a la dimensión sexual del ser humano, sino una afirmación gozosa de que hay bienes superiores.

724 En María, el Espíritu Santo manifiesta al Hijo del Padre hecho Hijo de la Virgen. Ella es la zarza ardiente de la teofanía definitiva: llena del Espíritu Santo, presenta al Verbo en la humildad de su carne dándolo a conocer a los pobres (cf. Lc 2, 15-19) y a las primicias de las naciones (cf. Mt 2, 11).

La analogía que tiene la zarza ardiente con María ya fue descubierta por los Santos Padres como figura de la Virginitad: al igual que la zarza arde sin consumirse, María concibe sin perder su virginitad. La novedad teológica que aporta el Catecismo es señalar la acción del Espíritu Santo en ambas manifestaciones. La humildad de la carne del Verbo Encarnado está en línea con la humildad vital que representa una zarza, humildad que, sin embargo, es un prodigio de vida en un ambiente desértico como el del Sinaí.

Y sucedió que cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: «Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado.» Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían (Lc 2,15-18)

Entraron en la casa; vieron al niño con María su madre y, postrándose, le adoraron; abrieron luego sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra (Mt 2,11).

Estos dos pasajes tienen en común que es la Virgen María la que presenta al Hijo de Dios. En la tradición cristiana y en el arte cristiano es tan común que veamos a Jesús en brazos de María que podría escapárenos esta originalidad del cristianismo: la presencia activa -y necesaria- de criaturas en torno a la obra divina de la salvación.

725 En fin, por medio de María, el Espíritu Santo comienza a poner en Comunión con Cristo a los hombres "objeto del amor benevolente de Dios" (cf. Lc 2, 14), y los humildes son siempre los primeros en recibirle: los pastores, los magos, Simeón y Ana, los esposos de Caná y los primeros discípulos.

Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace (Lc 2,14).

El Catecismo traduce la expresión de San Lucas *hombres que ama el Señor* (Vulgata: *hominibus bonae voluntatis*) de la manera más ajustada no ya al texto griego, sino a lo que debía ser la expresión más segura en hebreo: *benê retsônô*, "los hijos de su beneplácito". De este modo surge inesperadamente el Espíritu Santo, Amor creador de Dios, en la primera manifestación del Niño Dios.

726 Al término de esta Misión del Espíritu, María se convierte en la "Mujer", nueva Eva "madre de los vivientes", Madre del "Cristo total" (cf. Jn 19, 25-27). Así es como ella está presente con los Doce, que "perseveraban en la oración, con un mismo espíritu" (Hch 1, 14), en el amanecer de los "últimos tiempos" que el Espíritu va a inaugurar en la mañana de Pentecostés con la manifestación de la Iglesia.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa (Jn 19,25-27).

Tanto en el episodio de las bodas de Caná como en el del Calvario, Jesús se dirige a su Madre llamándola *mujer*. Interpretar este apelativo como una señal de "distanciamiento" de Jesús con respecto a su Madre es incorrecta. La palabra "mujer" implica cierta solemnidad y

énfasis. La mayoría de los autores se inclinan a ver en este título una clara alusión al “protoevangelio”, donde se habla del triunfo de la mujer y de su linaje sobre la serpiente. Tan alusión, además de estar avalada por el texto mismo (el uso del término “mujer”), es confirmada por las interpretaciones de los Santos Padres al hablar del paralelismo entre Eva y María, semejante al que se da entre Adán y Cristo:

Por tanto, como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron; - porque, hasta la ley, había pecado en el mundo, pero el pecado no se imputa no habiendo ley; con todo, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés aun sobre aquellos que no pecaron con una transgresión semejante a la de Adán, el cual es figura del que había de venir (Rom 5,12-14).

Efectivamente, en la muerte de Cristo tenemos el triunfo sobre la serpiente, pues Jesús al morir nos redime de la esclavitud del demonio. *Mors per Evam, vita per Mariam*, la muerte nos vino por Eva, la vida por María (San Jerónimo). Podemos establecer el siguiente paralelismo:

Eva	-	la primera mujer	-	madre de todos los vivientes
María	-	la mujer nueva	-	madre de todos los redimidos.

La primera Eva desobedeció a Dios, la segunda, en cambio, le obedeció; así la Virgen María pudo ser abogada de la virgen Eva (San Ireneo, Adversus haereses, 5, 19, 1).

Leamos el comentario de Orígenes, tan espiritual y alegórico como acostumbra:

Nos atrevemos a decir que la flor de las Escrituras son los Evangelios, y la flor de los Evangelios es el de San Juan. Pero nadie sabrá comprender su sentido si no ha reposado en el pecho de Jesús y recibido a María como Madre. Para ser como Juan es preciso poder, como él, ser mostrado por Jesús como otro Jesús. El efecto, si María no ha tenido más hijos que Jesús, y Jesús dice a su Madre: “He ahí a tu hijo”, y no “he ahí otro hijo”, entonces es como si Él dijera: “Ahí tienes a Jesús, a quien tú has dado la vida”. Efectivamente, cualquiera que se ha identificado con Cristo no vive más para sí, sino que Cristo vive en él, y puesto que en él vive Cristo, de él dice Jesús a María: “He ahí a tu hijo: a Cristo” (Orígenes, In Iohann. Comm. Ad locum).

Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos (He 1,14).

En este pasaje, tomado en sentido literal, no hay que entender la expresión **con un mismo espíritu** como referido al Espíritu Santo; más bien, la traducción literal de *homothymadón*, sería “con un mismo ánimo”, *unanimiter*, como traduce la Vulgata. Sin embargo, tampoco es incorrecto hacer una lectura pneumatológica del pasaje: Se encuentra en el horizonte de Pentecostés. Efectivamente, poco antes, en el momento de la Ascensión, Jesús les ha conminado a permanecer juntos en Jerusalén para que reciban el **bautismo del Espíritu Santo** (He 1,5), y el siguiente episodio, en unidad de acción y lugar es la efusión del Espíritu Santo el día de Pentecostés.

De este modo, y sin apurar las comparaciones, aparece un nuevo paralelismo:

María	-	el Espíritu Santo	-	Anunciación	-	Nacimiento de Cristo
María	-	el Espíritu Santo	-	Pentecostés	-	Nacimiento de la Iglesia.

Cristo Jesús

727 Toda la Misión del Hijo y del Espíritu Santo en la plenitud de los tiempos se resume en que el Hijo es el Ungido del Padre desde su Encarnación: Jesús es Cristo, el Mesías.

Todo el segundo capítulo del Símbolo de la fe hay que leerlo a la luz de esto. Toda la obra de Cristo es misión conjunta del Hijo y del Espíritu Santo. Aquí se mencionará solamente lo que se refiere a la promesa del Espíritu Santo hecha por Jesús y su don realizado por el Señor glorificado.

728 Jesús no revela plenamente el Espíritu Santo hasta que él mismo no ha sido glorificado por su Muerte y su Resurrección. Sin embargo, lo sugiere poco a poco, incluso en su enseñanza a la muchedumbre, cuando revela que su Carne será alimento para la vida del mundo (cf. Jn 6, 27. 51.62-63). Lo sugiere también a Nicodemo (cf. Jn 3, 5-8), a la Samaritana (cf. Jn 4, 10. 14. 23-24) y a los que participan en la fiesta de los Tabernáculos (cf. Jn 7, 37-39). A sus discípulos les habla de él abiertamente a propósito de la oración (cf. Lc 11, 13) y del testimonio que tendrán que dar (cf. Mt 10, 19-20).

Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre, porque a éste es a quien el Padre, Dios, ha marcado con su sello (Jn 6,27).

Aquí hay una referencia velada al Espíritu Santo, bajo el símbolo del sello, como ya hemos estudiado.

El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida (Jn 6,63).

Dentro del discurso de la promesa eucarística, Jesús tiene que hacer una aclaración, pues algunos de sus oyentes habían interpretado materialmente unas palabras anteriores: "Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida".

Respondió Jesús: En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. No te asombres de que te haya dicho: Tenéis que nacer de lo alto. El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu (Jn 3,5-8).

En este pasaje del diálogo con Nicodemo, el Señor tiene que hacerle rectificar, pues ha entendido el **nacer de nuevo** en sentido literal. El Bautismo es un nuevo nacimiento, sí; pero **de lo alto**, del agua y del Espíritu.

Jesús le respondió: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: "Dame de beber" (Jn 4,10).

En el diálogo con la Samaritana hace Jesús una distinción velada entre el Espíritu Santo (el **don de Dios**) y Él mismo, el que le pide de beber.

Pero llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad (Jn 4,23-24).

El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús puesto en pie, gritó: «Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba; el que crea en mí», como dice la Escritura:

De su seno correrán ríos de agua viva. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado (Jn 7,37-39).

Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan! (Lc 11,13).

Mas cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué vais a hablar. Lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros (Mt 10,19-20).

729 Solamente cuando ha llegado la Hora en que va a ser glorificado Jesús promete la venida del Espíritu Santo, ya que su Muerte y su Resurrección serán el cumplimiento de la Promesa hecha a los Padres (cf. Jn 14, 16-17. 26; 15, 26; 16, 7-15; 17, 26): El Espíritu de Verdad, el otro Paráclito, será dado por el Padre en virtud de la oración de Jesús; será enviado por el Padre en nombre de Jesús; Jesús lo enviará de junto al Padre porque él ha salido del Padre. El Espíritu Santo vendrá, nosotros lo conoceremos, estará con nosotros para siempre, permanecerá con nosotros; nos lo enseñará todo y nos recordará todo lo que Cristo nos ha dicho y dará testimonio de él; nos conducirá a la verdad completa y glorificará a Cristo. En cuanto al mundo lo acusará en materia de pecado, de justicia y de juicio.

Es durante la última Cena cuando el Señor habla a los discípulos del Espíritu Santo de manera explícita. Todo el diálogo de la Cena es una oración en voz alta de Jesús al Padre, invocando al Espíritu Santo. Al hacer su oración en voz alta, está revelando la misión del Paráclito, que no se producirá antes de su propia glorificación.

Los pasajes que cita este número del Catecismo los estudiamos con detenimiento el curso pasado, al tratar de la oración de Jesús.

730 Por fin llega la Hora de Jesús (cf. Jn 13, 1; 17, 1): Jesús entrega su espíritu en las manos del Padre (cf. Lc 23, 46; Jn 19, 30) en el momento en que por su Muerte es vencedor de la muerte, de modo que, "resucitado de los muertos por la Gloria del Padre" (Rm 6, 4), enseguida da a sus discípulos el Espíritu Santo dirigiendo sobre ellos su aliento (cf. Jn 20, 22). A partir de esta hora, la misión de Cristo y del Espíritu se convierte en la misión de la Iglesia: "Como el Padre me envió, también yo os envío" (Jn 20, 21; cf. Mt 28, 19; Lc 24, 47-48; Hch 1, 8).

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo (Jn 13,1).

Ésta es la manera solemne con que San Juan empieza el relato de la última cena. Al señalar que es la **hora de Jesús**, indica que es el momento de su glorificación, el fin de su existencia mortal y el momento de comunicar su propio Espíritu.

Y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» y, dicho esto, expiró (Lc 23,46).

Estas palabras de Jesús en la Cruz son la oración de la noche de los israelitas, tomadas del salmo 31; pero el **en tus manos pongo mi espíritu** tienen un sentido más pleno, referido al Espíritu Santo.

5. EL ESPIRITU Y LA IGLESIA EN LOS ULTIMOS TIEMPOS

Pentecostés

731 El día de Pentecostés (al término de las siete semanas pascuales), la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo que se manifiesta, da y comunica como Persona divina: desde su plenitud, Cristo, el Señor (cf. Hch 2, 36), derrama profusamente el Espíritu.

Según la tradición religiosa de Israel, Pentecostés era originariamente *la fiesta de la siega*.

Tres veces al año se presentarán todos tus varones ante Yavé, el Señor, el Dios de Israel (Ex 34,23).

La primera vez era con la ocasión de la fiesta de la Pascua; la segunda, con ocasión de la fiesta de la siega, y la tercera, con ocasión de la fiesta de las Tiendas. La fiesta de la siega, ***de las primicias de tus trabajos, de lo que hayas sembrado en el campo*** (Ex 23,16), se llamaba en griego *Pentecostés*, puesto que se celebraba cincuenta días después de la fiesta de la Pascua. Solía llamarse *fiesta de las semanas*, por el hecho de que caía siete semanas después de la fiesta de la Pascua. Los libros sagrados contienen prescripciones detalladas acerca de la celebración de Pentecostés:

Contaréis siete semanas enteras a partir del día siguiente al sábado, desde el día en que habréis llevado la gavilla de la ofrenda mecida; hasta el día siguiente al séptimo sábado, contaréis cincuenta días y entonces ofreceréis a Yahveh una oblación nueva. Llevaréis de vuestras casas como ofrenda mecida dos panes, hechos con dos décimas de flor de harina y cocidos con levadura, como primicias para Yahveh. Juntamente con el pan ofreceréis a Yahveh siete corderos de un año, sin defecto, un novillo y dos carneros: serán el holocausto para Yahveh además de su ofrenda y sus libaciones, como manjar abrasado de calmante aroma para Yahveh. Ofreceréis también un macho cabrío como sacrificio por el pecado, y dos corderos de un año como sacrificio de comunión. El sacerdote los mecerá como ofrenda ante Yahveh, juntamente con el pan de las primicias y con los dos corderos; serán consagrados a Yahveh y pertenecerán al sacerdote. Ese mismo día convocaréis una reunión sagrada; la celebraréis y no haréis ningún trabajo servil. Decreto perpetuo será éste de generación en generación dondequiera que habitéis. Cuando cosechéis la mies de vuestra tierra, no siegues hasta el borde de tu campo, ni espigues los restos de tu mies; los dejarás para el pobre y para el forastero. Yo, Yahveh, vuestro Dios (Lev 23,15-22).

Mas tarde se transformó también en la fiesta de la renovación de la alianza:

Se reunieron en Jerusalén en el mes tercero del año quince del reinado de Asá. Aquel día ofrecieron a Yahveh sacrificios del botín que habían traído: setecientos bueyes y 7.000 ovejas. Y se obligaron con un pacto a buscar a Yahveh, el Dios de sus padres, con todo su corazón y con toda su alma; y que todo aquel que no buscase a Yahveh, el Dios de Israel, moriría, desde el pequeño hasta el grande, hombre o mujer (2 Cro 15,10-13)

La bajada del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y María hace referencia al significado veterotestamentario de Pentecostés. La fiesta de la siega se convierte en la fiesta de la nueva mies: El Espíritu Santo es el primer fruto de la Pascua cristiana:

Esta mies es el fruto de la siembra de Cristo-sembrador. Recordemos las palabras de Jesús que nos refiere el Evangelio de San Juan: "Pues bien, yo os digo:

alzaad vuestros ojos y ved los campos que blanquean ya para la siega” (Jn 4,35). Jesús daba a entender que los apóstoles recogerían tras su muerte la mies de esta siembra.

Efectivamente, la mies es fruto de su sacrificio. Si Jesús habla de la “fatiga” del Sembrador, esta fatiga consiste sobre todo en su pasión y muerte en la Cruz. Verdaderamente el agua que mana del costado atravesado de Cristo es la señal del envío de su Espíritu. Será una efusión “abundante”, un “río de agua viva”, metáfora que expresa una especial generosidad y benevolencia de Dios que se da al hombre (Juan Pablo II, Audiencia general 5-VII-1989)

732 En este día se revela plenamente la Santísima Trinidad. Desde ese día el Reino anunciado por Cristo está abierto a todos los que creen en El: en la humildad de la carne y en la fe, participan ya en la Comunión de la Santísima Trinidad. Con su venida, que no cesa, el Espíritu Santo hace entrar al mundo en los "últimos tiempos", el tiempo de la Iglesia, el Reino ya heredado, pero todavía no consumado:
Hemos visto la verdadera Luz, hemos recibido el Espíritu celestial, hemos encontrado la verdadera fe: adoramos la Trinidad indivisible porque ella nos ha salvado (Liturgia bizantina, Tropario de Vísperas de Pentecostés; empleado también en las liturgias eucarísticas después de la comunión)

Con la misión (envío) del Espíritu Santo se completa el plan divino de la salvación, se restaura la originaria unión en santidad del género humano con su Creador y Padre. El tiempo que media y mediará desde Pentecostés hasta el fin del mundo son los *últimos tiempos*, el *tiempo de la Iglesia*. Para que Cristo entregue su reino al Padre sólo falta que se complete el número de los elegidos. Es una cuestión de tiempo cronológico, no de tiempo salvífico, pues desde Pentecostés estamos en la *plenitud de los tiempos*.

El Espíritu Santo, El Don de Dios

733 "Dios es Amor" (1 Jn 4, 8. 16) y el Amor que es el primer don, contiene todos los demás. Este amor "Dios lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5, 5).

Dios, en su vida íntima, « es amor », amor esencial, común a las tres Personas divinas. EL Espíritu Santo es amor personal como Espíritu del Padre y del Hijo. Por esto « sondea hasta las profundidades de Dios », como Amor-don increado. Puede decirse que en el Espíritu Santo la vida íntima de Dios uno y trino se hace enteramente don, intercambio del amor recíproco entre las Personas divinas, y que por el Espíritu Santo Dios « existe » como don. El Espíritu Santo es pues la expresión personal de esta donación, de este ser-amor. Persona-amor. Es Persona-don. Tenemos aquí una riqueza insondable de la realidad y una profundización inefable del concepto de persona en Dios, que solamente conocemos por la Revelación.

Al mismo tiempo, el Espíritu Santo, consustancial al Padre y al Hijo en la divinidad, es amor y don (increado) del que deriva como de una fuente (fons vivus) toda dádiva a las criaturas (don creado): la donación de la existencia a todas las cosas mediante la creación; la donación de la gracia a los hombres mediante toda la economía de la salvación. Como escribe el apóstol Pablo: « El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado » (Juan Pablo II, Encíclica Dominum et vivificantem, 10).

734 Puesto que hemos muerto, o al menos, hemos sido heridos por el pecado, el primer efecto del don del Amor es la remisión de nuestros pecados. La Comunión con el Espíritu Santo (2 Co 13, 13) es la que, en la Iglesia, vuelve a dar a los bautizados la semejanza divina perdida por el pecado.

En este número del Catecismo subyace una idea central de la antropología cristiana: el hombre apartado de Dios está como muerto, aunque conserve su vitalidad biológica; en consecuencia, la religión cristiana es una religión de salvación. No es lo específico de ella – todas las religiones son, en realidad, religiones de salvación, y lo genuino del cristianismo es que es una religión revelada–; pero en este tiempo nuestro, desde que la modernidad se propuso que el hombre fuera independiente de Dios para asegurar su exclusiva autonomía humana, conviene hacer hincapié en esta verdad: el hombre necesita ser salvado por Dios para ser auténticamente hombre.

Santificación y purificación del pecado no son obras distintas: son las dos caras de la misma moneda, dos aspectos de la misma realidad: el que es limpiado del pecado es santificado, y viceversa. Esto aparece claramente en la liturgia bautismal: la purificación por el agua es acompañada de la imposición de la vestidura blanca y de la consagración incluso corporal simbolizada por la unción con el Crisma.

La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros (2 Cor 13,13).

Esta doxología y despedida de San Pablo, recogida por la liturgia de la Iglesia como una de las fórmulas introductorias de la Santa Misa, constituye un testimonio claro y explícito del dogma de la Santísima Trinidad. La fórmula señala la distinción entre las tres Personas divinas y, a la vez, su igualdad, en cuanto que cada una contribuye a la santificación y salvación de los fieles.

Por otra parte, comenta Santo Tomás que en este saludo van incluidos todos los bienes sobrenaturales necesarios:

La gracia de Cristo, por la que somos justificados y salvados; el Amor de Dios Padre, por el que somos unidos a Él; y la comunión del Espíritu Santo, que nos distribuye los dones divinos (Comentario sobre 2 Cor, ad loc.)

735 El nos da entonces las "arras" o las "primicias" de nuestra herencia (cf. Rm 8, 23; 2 Co 1, 21): la Vida misma de la Santísima Trinidad que es amar "como él nos ha amado" (cf. 1 Jn 4, 11-12). Este amor (la caridad de 1 Co 13) es el principio de la vida nueva en Cristo, hecha posible porque hemos "recibido una fuerza, la del Espíritu Santo" (Hch 1, 8).

Posemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo (Rom 8,23).

Y es Dios el que nos conforta juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ungió, y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones (2 Cor 1,21-22).

Estos dos pasajes ya los habíamos considerado al estudiar el *Espíritu de la promesa* como uno de los nombres del Espíritu Santo (Pág. 9). El contenido de la herencia es la unión perfecta y eterna con Dios en la gloria. La gracia santificante es la misma vida de Dios, participada en moldes de mortalidad, moldes que se romperán tras la muerte. La gracia es *incoación* de la gloria. La gracia es aquel don, sobrevenido, gratuito –de ahí su nombre–, que hace posible que una criatura participe de la vida del Creador. Creador y criatura son magnitudes de orden diferente. Sólo la gracia permite ese *salto* de magnitud.

736 Gracias a este poder del Espíritu Santo los hijos de Dios pueden dar fruto. El que nos ha injertado en la Vid verdadera hará que demos "el fruto del Espíritu que es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza"(Ga 5, 22-23). "El Espíritu es nuestra Vida": cuanto más renunciamos a nosotros mismos (cf. Mt 16, 24-26), más "obramos también según el Espíritu" (Ga 5, 25):
Por la comunión con él, el Espíritu Santo nos hace espirituales, nos restablece en el Paraíso, nos lleva al Reino de los cielos y a la adopción filial, nos da la confianza de llamar a Dios Padre y de participar en la gracia de Cristo, de ser llamado hijo de la luz y de tener parte en la gloria eterna (San Basilio, Spir. 15,36).

Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos, de forma que no hacéis lo que quisierais. Pero, si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Ahora bien, las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios. En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley (Gal 5,16-23)

En este pasaje, San Pablo contrapone drásticamente las **obras de la carne** y las del **Espíritu**. Tiene doble interés: por un lado, presenta una relación de pecados mortales; por otra, enumera lo que la teología cristiana ha denominado los *frutos del Espíritu Santo*. Vamos a estudiarlos de manera sucinta.

La teología espiritual considera estos frutos como consecuencia de los dones. Cuando un alma corresponde dócilmente a la moción interior del Espíritu Santo, produce actos de exquisita virtud que pueden compararse a los frutos de un árbol.

La **fidelidad** consiste en una firmeza del alma en la fe, una certeza incommovible, que hace moralmente imposible abandonar a Dios.

La **alegría** es la adhesión firme de la voluntad a la revelación divina produce la seguridad de que Dios mismo habita en el alma por la fe, y esta seguridad del bien adquirido y no perdido es precisamente la alegría. Ambos son fruto de los dones de sabiduría, entendimiento y ciencia.

El **dominio de sí** consiste en un señorío suave y enérgico a la vez de las pasiones concupiscibles, es decir, de las que proporcionan placeres corporales.. El alma, que se sabe templo del Espíritu Santo, tiene un señorío sobre su condición sexuada para emplearla siempre al servicio del amor. Está relacionado con el don de temor de Dios.

El amor y la paz son frutos relacionados con el don de sabiduría. El **amor**, entendido aquí como fruto del Espíritu Santo, consiste en una connaturalidad con los sentimientos de Cristo, que son sólo de amor hacia Dios y hacia los hombres.

La **paz**, por su lado, produce en el alma frutos de descanso en el bien poseído.

La **bondad** es fruto del don de piedad. Al sentirse el cristiano, por medio de este don, unido a su Padre Dios, no puede por menos que actuar con bondad ante todas las criaturas y, especialmente, ante los hombres, hermanos suyos en Cristo.

La **paciencia** está relacionada con el don de fortaleza, para soportar con heroísmo los sufrimientos y males.

También la **mansedumbre** se relaciona con el don de fortaleza, para revocar instantáneamente el celo amargo que se desbordaría contra el mal.

El Espíritu Santo y la Iglesia

737 La misión de Cristo y del Espíritu Santo se realiza en la Iglesia, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo. Esta misión conjunta asocia desde ahora a los fieles de Cristo en su Comunión con el Padre en el Espíritu Santo: El Espíritu Santo prepara a los hombres, los previene por su gracia, para atraerlos hacia Cristo. Les manifiesta al Señor resucitado, les recuerda su palabra y abre su mente para entender su Muerte y su Resurrección. Les hace presente el Misterio de Cristo, sobre todo en la Eucaristía para reconciliarlos, para conducirlos a la Comunión con Dios, para que den "mucho fruto" (Jn 15, 5. 8. 16).

Este número del Catecismo comienza haciendo una descripción de la Iglesia, que en el capítulo siguiente desplegará extensamente. Se trata de una definición trinitaria de la Iglesia:

- Pueblo de Dios
- Cuerpo de Cristo
- Templo del Espíritu Santo

Como en este número se describe la acción del Espíritu Santo en los hombres, vale la pena hacer una lectura de conjunto del contenido de las promesas de Cristo acerca del Paráclito.

Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros (Jn 14,16-17).

Esta expresión, ***mora con vosotros*** ("en umin estai") describe el modo de la misión del Espíritu Santo: es una misión al alma del creyente, actúa desde dentro. El Espíritu Santo viene de lo alto, pero penetra y reside en nosotros para animar nuestra vida interior. No se trata de una presencia *cercana*, sino *interior*.

El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho (Jn 14,26).

Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí (Jn 15,26).

Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros (Jn 16,13-14).

El Espíritu Santo fue luz y Maestro interior para los Apóstoles que debían conocer a Cristo en profundidad a fin de llevar a cabo la tarea de ser sus evangelizadores. Lo ha sido y lo es para la Iglesia y, en la Iglesia, para los creyentes de todas las generaciones, de manera particular para los teólogos y los maestros del espíritu, para los catequistas y los responsables de las comunidades cristianas. A lo largo de la historia de la Iglesia, el Espíritu Santo ha suscitado las vidas de santos más necesarias para cada tiempo. ***Stella difert a stella*** (1 Cor 15,41): todas las estrellas tienen en común el dar luz; pero no hay dos estrellas iguales.

La presencia de este Maestro interior proporciona a los cristianos una certeza gozosa, la de saber que no estamos abandonados de Dios, que el Espíritu Santo está en la Iglesia y en el alma de los creyentes, como garantía de indefectibilidad. La Iglesia es divina no sólo en su origen, Jesucristo, sino también y constantemente en su devenir, porque su alma es el Espíritu Santo.

Los cuatro últimos puntos del artículo sobre el Espíritu Santo en el Catecismo señalan el nexo entre:

El Espíritu Santo y la Iglesia:

738 Así, la misión de la Iglesia no se añade a la de Cristo y del Espíritu Santo, sino que es su sacramento: con todo su ser y en todos sus miembros ha sido enviada para anunciar y dar testimonio, para actualizar y extender el Misterio de la Comunión de la Santísima Trinidad (esto será el objeto del próximo artículo):
Todos nosotros que hemos recibido el mismo y único espíritu, a saber, el Espíritu Santo, nos hemos fundido entre nosotros y con Dios ya que por mucho que nosotros seamos numerosos separadamente y que Cristo haga que el Espíritu del Padre y suyo habite en cada uno de nosotros, este Espíritu único e indivisible lleva por sí mismo a la unidad a aquellos que son distintos entre sí ... y hace que todos aparezcan como una sola cosa en él . Y de la misma manera que el poder de la santa humanidad de Cristo hace que todos aquellos en los que ella se encuentra formen un solo cuerpo, pienso que también de la misma manera el Espíritu de Dios que habita en todos, único e indivisible, los lleva a todos a la unidad espiritual (San Cirilo de Alejandría, Jo 12).

El Espíritu Santo y el culto cristiano (liturgia):

739 Puesto que el Espíritu Santo es la Unción de Cristo, es Cristo, Cabeza del Cuerpo, quien lo distribuye entre sus miembros para alimentarlos, sanarlos, organizarlos en sus funciones mutuas, vivificarlos, enviarlos a dar testimonio, asociarlos a su ofrenda al Padre y a su intercesión por el mundo entero. Por medio de los sacramentos de la Iglesia, Cristo comunica su Espíritu, Santo y Santificador, a los miembros de su Cuerpo (esto será el objeto de la segunda parte del Catecismo).

El Espíritu Santo y la vida de santidad (moral):

740 Estas "maravillas de Dios", ofrecidas a los creyentes en los Sacramentos de la Iglesia, producen sus frutos en la vida nueva, en Cristo, según el Espíritu (esto será el objeto de la tercera parte del Catecismo).

El Espíritu santo y la oración:

741 "El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rm 8, 26). El Espíritu Santo, artífice de las obras de Dios, es el Maestro de la oración (esto será el objeto de la cuarta parte del Catecismo).